BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE Héroes de la PRADERA

Keith Luger

ORO ESCONDIDO



Héroes de la PRADERA

Keith Luger

ORO ESCONDIDO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 36
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B 29162-1970

Impreso en España -Printed in Spain

2ª edición: septiembre, 1970

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

La bala rebotó un poco más abajo de donde se hallaba Max Watson y fue a perderse en el vacío, con un zumbido siniestro. Max sintió en su rostro las esquirlas de piedra y soltó una maldición. Aquel condenado de Kid Baney tenía una buena puntería. El sol parecía no afectarle mucho… ¡Infiernos! Pero a él sí. Su camisa estaba empapada en sudor, adherida a la piel como un trapo mojado; y le costaba trabajo abrir la boca, porque entre sus labios se había formado una película de polvo que se los mantenía pegados. Tenía sed, mucha sed.

Eran las tres de la tarde y el duelo había comenzado a las seis de la mañana. Nueve horas pegándose tiros… Ninguno de ellos había caído, pero los dos estaban tocados. Él, Max, ligeramente en un hombro, y Kid en una oreja.

Los disparos eran muy espaciados. A veces, entre uno y otro transcurrían más de treinta minutos.

El lugar era como un embudo. Ellos, Max y Kid, estaban enfrentados, cada uno en una vertiente, y el agua transcurría allá abajo límpida, cristalina.

Y fuera de aquella agua sólo había piedras, cactos, escorpiones… y polvo, mucho polvo rojizo, que el sol parecía elevar sobre la tierra y que se introducía por los ojos, por la boca, y hasta por los poros.

Max asomó unas pulgadas la cabeza por un costado de la roca y echó una nueva ojeada al manantial. ¡Dios santo! ¡Cuánto daría él ahora por llegar a su orilla! Fue una rápida mirada. Luego levantó los ojos. Observó las tres rocas tras las que se guarecía Kid, vio moverse el ala de su sombrero y apretó el gatillo del «Colt».

El estampido produjo un extraño eco, mientras la bala surcaba el espacio. Max tuvo la impresión de que el propio aire la detenía en

su camino, aunque pudo percibir el rugido que producía.

Luego, todo quedó en silencio hasta que, de pronto, éste fue roto por una carcajada.

—¡Eh, Max! ¿Es que te tiembla la mano?

—Todavía la tengo firme —contestó sintiendo una sorda rabia interior.

—Es lo que tú crees, muchacho… Apuesto a que antes de una hora acabo contigo.

—Lo mismo has estado diciendo toda la mañana. Ahora va a ser cierto. ¿Y sabes por qué, Max?

Max Watson se pasó el dorso de la mano por la mejilla y soltó un salivazo. Lo contempló un instante. Tenía un color rojizo… Era el maldito polvo.

—Suéltalo, Kid.

—No podrás resistir mucho más tiempo.

—¡Tanto como tú! ¡O quizá más!

—No, Max. Tú siempre has sido un tipo a quien ha gustado la buena vida. Yo estoy acostumbrado a estas cosas. He soportado la sed y el hambre y a ti te viene muy mal.

—Te demostraré lo contrario.

Kid rompió a reír otra vez.

—¿Crees que no me doy cuenta, Max? Durante la última hora has mirado el manantial una docena de veces. Te estás muriendo de sed, Max.

—Siento la misma sed que tú.

—No, Max. Ahí está tu error. Yo puedo estar aquí hasta mañana sin probar una gota. ¿Cuántas veces me lo has dicho tú mismo? ¿No me has llamado la Rata del Desierto?

Max se cogió las sienes con la mano libre y las apretó con fuerza. Kid tenía razón. No podía soportarlo más. Era algo superior a sus fuerzas.

—¡Eh, Max! —lo llamó otra vez el hombre que estaba enfrente.

—¡Quieres callar de una vez!

—Yo sé lo que te va a pasar. No tardarás en enloquecer. Max. ¿Sabes lo que es eso?

—¡Vete al infierno!

Max hizo esfuerzos para no oír el agua que discurría allá abajo con sonoridad atormentadora.

—¡No podrás resistirlo, Max! —Oyó de nuevo la irónica voz de Kid Baney.

Max disparó con rabia los dos proyectiles que quedaban en el cilindro.

Kid aprovechó la oportunidad del nuevo fracaso.

—¿Lo ves? Se te llevan los nervios. Espera a que pasen unas horas y sabrás lo que es bueno. Perderás la cabeza y bajarás a beber como un loco pegando gritos. Entonces te coseré.

Max guardó silencio en tanto reponía la carga del revólver.

—Eh, Max. Te propongo un trato.

Max contrajo las pupilas y quedó quieto.

—¿Oyes, Max? Es algo que te conviene.

—¡Vete al diablo!

Se apoyó tras la roca y la superficie recalentada por el sol perpendicular le quemó la palma de la mano.

Kid continuó:

—No seas tonto. Acabarás cocido entre esas piedras. Y tú lo sabes, puerco.

—Te mataré antes.

—Ya sé que me tienes ganas, Max. Pero esta vez te he atrapado. Estoy decidido a tumbarte para siempre. Por eso te interesa escucharme.

Max se pasó una vez más la mano por la cara.

—¡Escúpelo, Rata!

Se oyó una risa.

—Sabía que aceptarías.

—Aún no sé qué es.

Hubo un corto silencio.

Una piedra se hundió en el agua y Max desvió la atención hacia el charco.

—Se trata de eso, Max —dijo el otro—. No te hagas de nuevas.

Max Watson sintió que se acrecentaba el ardor de sus labios.

—Habla de una vez. ¡Maldito seas! —dijo.

—¿Por qué no bajamos a lavarnos la cara?

—¿Qué le pasa a la Rata del Desierto? ¿Le acobarda la sed? Me empiezas a desilusionar, Kid.

—Estás loco, Max. Podría pasarme tres días sin una gota de agua. Tú lo sabes. Pero ¿por qué hacer eso si te liquidaré de todos

modos?

—¡Ve al grano! —cortó Max y esperó unos instantes a oír la ronca voz.

—La cosa es esta… ¿Me oyes?

—Adelante.

—Pon el cinturón con los revólveres sobre esa piedra. Los dos revólveres sobre esa piedra. Los dos revólveres, ¿entendido? Yo los veré desde aquí. En cuanto al rifle, basta que lo apoyes con el cañón hacia arriba de modo que sobresalga.

—No te expliques más. No soy un imbécil. Vamos. ¡Haz tú lo mismo!

Max echó una ojeada por el intersticio. Apareció la canana de Kid y quedó colgada en un pequeño pico. Luego, el rifle fue colocado horizontal sobre otra roca, lisa.

—¿Lo ves bien? —rió Kid.

Max colocó las armas tal como le habían dicho.

—De acuerdo, Max, ahora a remojar el gaznate. Así morirás luego más a gusto.

Ambos contendientes se incorporaron y quedaron inmóviles contemplándose fijamente.

Luego, como de común acuerdo, se pusieron en movimiento.

Max, sin quitarle el ojo al otro, apoyó el pie en un saliente y comenzó el descenso. Estuvo a punto de perder el equilibrio un par de veces, pero sus dedos se agarraron a las piedras, fijos como garfios de hierro.

Llegó al fondo a la vez que Kid y ahora ninguno de los dos se detuvo.

Se lanzaron a la par hacia la orilla y cada uno hundió la cabeza en el agua.

Max abrió la boca y un torrente del fresco líquido se precipitó por sus fauces resecas, sin importarle que penetrara también por la nariz, interrumpiéndole la respiración.

Metió los brazos hasta los sobacos y se mojó el cuello, pecho y espalda.

Levantó luego la cabeza y vio acostado también a pocos pasos. La Rata sacó la cara del agua y la barba de varios días le chorreó.

Los dos hombres se miraron jadeantes.

—Ha sido una mala suerte que nos encontráramos —dijo Kid—.

Sobre todo para ti.

Max se limpió los labios con el antebrazo.

—Ya podemos subir otra vez. Los revólveres se están enfriando.

—Quieres acabar pronto, ¿eh? —La Rata soltó una risita.

—¿Para qué hemos de esperar?

—Me gustaría saber una cosa.

—¿Qué es?

—Cómo te pudiste enterar.

Max permaneció acostado. Todavía tenía un brazo en el agua. Abrió y cerró los dedos.

—Supongo que del mismo modo que tú. El diario de El Paso publicó el artículo de un viajero llamado Spadey. Según decía, él había descubierto un habitante en un pueblo abandonado del desierto.

—Pero no decía que fuera Bill, *el Tuerto*.

—Era suficiente con que explicase que se trataba de un viejo al que faltaba un ojo. ¿No crees? En las tertulias del mercado de reses se había hablado en muchas ocasiones del perdido botín de la banda de Bill, *el Tuerto*.

—Lo sé mejor que tú, Max —interrumpió Baney—. El enredo estaba en saber qué se había hecho de Bill. El que diera con él estaría muy cerca de los sacos con pepitas de oro. Fuiste muy vivo al relacionar al tuerto del poblado abandonado que vio el viajero con el desaparecido Bill.

Max entornó los párpados y estudió a su rival.

—Me ocurrió lo mismo que a ti, Rata. Tú y yo somos de las pocas personas que creen que el Botín de Bill estará en alguna parte. Siempre pensamos que la historia de Bill era algo más que un cuento.

Baney rió fuerte y espantó a un lagarto despellejado que los espiaba.

—Ya lo sé, Max. Tú ibas siempre a la caza de cuentos. Te informabas de los viejos buscadores de oro que por milagro escaparon del acecho de Bill y sus secuaces.

—También lo hiciste tú.

—¿Y qué sacaste, Max? Lo que sabían hasta los gatos. Que alguien descubrió el filón junto al río Krappes. Que llovió por allí mucha gente para llenar las alforjas y luego regresar a Texas. Pero

que todos acababan igual. Al salir del valle, el Tuerto y los suyos aparecían y les limpiaban el fruto de sus sudores. Al agotarse el filón del río, Bill y los suyos decidieron levantar el vuelo. Sin que se sepa por qué, la banda se dividió en dos partes y cada una tiró por su lado. Bill iba en medio del grupo con una recua de asnos, llevando el oro, y de pronto, ¿qué es lo que ocurrió? —Kid Baney hizo una pausa y soltó una carcajada—. Un milagro, Max… El bueno de Bill, *el Tuerto*, desapareció. Sí, señor. Fue como si la tierra se lo hubiese tragado.

Max Watson apoyó el codo entre el cascajo de la orilla.

—¿Has acabado ya, Rata?

Kid hizo una mueca y enseñó un colmillo.

—El artículo que hablaba del tuerto solitario no te cayó en saco roto, ¿eh, Max?

—A ti tampoco. También husmeabas el asunto desde hacía tiempo. Me enteré de que tuviste un duelo con Chantres para ver quién de los dos conseguía hacer a un indio moribundo. Agujereaste a Chantres y le sacaste algo al indio antes de que estirase la pata.

—Sigue, Max.

—Sólo pudiste sacar en limpio que Bill vivía aún.

—Conque también sabes eso, ¿eh?

—Dio que hablar. Ahora la noticia del viajero sobre el lugar te ha dado lo que te faltaba.

Rata Kid conservó la mueca de ironía. Entornó un ojo.

—La suerte me lo ha dado todo. La semana pasada bajé a Las Matas de Santa Lucía y compré una libra de tocino. El papel en que iba envuelto tenía el artículo. ¿Te das cuenta? La suerte, Max.

Watson quedó sentado.

—Vamos a las armas, Rata.

Kid no le hizo caso y continuó:

—Lo que te digo, Max. Todo lo debo a mí buena estrella. Por eso te dije que era mala cosa que nos cruzáramos en el camino. Uno de los dos se quedará en estos parajes con las botas empinadas. Y ése vas a ser tú, Max.

Se inclinó hacia el agua y las ondas le tocaron los labios.

—¿No sabes echar el último trago, Max? —dijo, Y sumergió el rostro.

Watson contempló el perfil espeso y barbudo del rival y se

tendió a su vez para ablucionarse la cara y el cuello y dar un par de tragos más.

Alzó la cabeza una pulgada de la superficie líquida y, de pronto, vio reflejada en ella una borrosa y larga figura a su lado.

Se retorció cara al cielo y pudo ver la mano de Kid armada de un cuchillo.

Soltó un rugido ronco cuando Kid levantó el brazo para asestar el golpe y sólo tuvo tiempo de lanzar con fuerza el pie derecho hacia arriba.

La patada alcanzó de lleno a la Rata en pleno abdomen y, doblándose en dos, cayó hacia atrás.

Watson arrancó bajo el agua una gruesa piedra y consiguió incorporarse al tiempo que lo hacía Kid cuchillo en mano.

Los dos hombres se miraron como fieras y, de pronto, se acometieron.

Max proyectó la piedra en dirección al pecho de Kid, pero éste recibió el pedrusco en el cráneo.

Se oyó un escalofriante ruido de huesos rotos y luego el chapuzón del cuerpo de Rata en el agua.

Max contempló jadeante al caído, escupió y, con el antebrazo, se limpió la saliva de la comisura de la boca.

La cabeza de Kid Baney estaba manchada de sangre y masa encefálica.

Max se volvió hacia la escarpadura y empezó el ascenso con lentitud.

No se sentía culpable de la muerte de Kid Baney. De buena gana hubiese llegado a un acuerdo con él. Sabía que llegar al lugar donde se podía encontrar el oro de Bill, *el Tuerto*, le iba a ser muy difícil. Y lo peor de todo sobrevendría después. Kid y él no debían ser los únicos hombres que se habían dirigido en pos de aquel tesoro. Estaba dispuesto a apostar a que habría media docena de personas que, en aquellos instantes, se encaminaban hacia el pueblo abandonado que el viajero Luke Spadey había encontrado en su camino. Hombres atrevidos, arriesgados, para quienes el peligro de morir de sed contaba muy poco, para quienes el silbido de una bala cerca del oído resultaba tan agradable como escuchar una canción en el mejor *saloon* de Albuquerque.

Kid Baney y él se habían encontrado al amanecer, justo cuando

se disponían a llenar las cantimploras en aquel manantial, el último oasis antes de emprender la larga caminata. Kid había disparado primero, tumbándole el caballo, y él, Max, tuvo que correr mucho para refugiarse tras aquellas rocas. Entonces, Kid saltó de su cabalgadura y la palmeó para que buscase refugio y se puso al otro lado del manantial. Así empezó aquel duelo que había terminado momentos antes en la forma más insospechada.

Max enfundó sus revólveres y cogió el rifle. Echó una mirada atrás y contempló el cadáver de su caballo. Bien; tendría que echar mano a la montura de Kid.

Extendió la mirada por los contornos. Sí, allá abajo, entre unos cactos, el alazán del difunto Baney trataba de encontrar inútilmente algo que mordisquear.

Bajó otra vez al embudo y sacó el cadáver de Kid del agua. No quería que, al descomponerse el cuerpo, se contaminase el manantial. Otros después que él necesitarían saciar su sed.

Se sacó del cinturón la vacía cantimplora y la llenó en el charco. Hizo la misma operación con la de Kid y se dirigió hacia donde estaba el caballo. Invirtió unos minutos en traerlo junto al manantial para que bebiese, y luego, ya preparado, puso un pie en el estribo y montó.

Dirigió una última mirada al rostro irreconocible de Kid.

—Tú lo quisiste, muchacho —murmuró.

Y tras pronunciar la sentencia rozó con las espuelas los flancos del caballo y éste emprendió el viaje.

CAPÍTULO II

El sol había recorrido un buen trecho en el cielo brumoso y blancuzco, y el suelo de arena y piedras calcinadas proyectaba un reflejo ardiente y cegador.

Max Watson cabalgaba inclinado sobre la silla, ajustado el sombrero hasta los ojos para protegerlos de la luz y el polvo.

En algunos trechos cerraba los párpados invadido por el sopor. No tenía necesidad de vigilar el camino. Sabía que aquellas llanuras se extendían a lo largo de cientos de millas con escasos obstáculos. La monotonía del terreno y el ambiente le producía el efecto de que estaba parado, pero el choque ocasional de los cascos de la montura contra algunas piedras le desvanecía la ilusión. Había perdido la noción del tiempo y sólo podía hacer un resumen de su paso por la posición de la sombra del caballo y la disminución del agua de las cantimploras.

Exhaló aire ruidosamente y se enderezó al tiempo que entreabría los párpados.

Fijó la mirada en la lejanía y descubrió una pequeña colina rocosa.

Decidió inspeccionar aquel accidente del terreno. Tal vez fuera un inesperado manantial y no podía desperdiciar la ocasión de repones las cantimploras. El agua de que disponía podía durarle, a lo sumo, día y medio e ignoraba cuándo obtendría más.

Poco después llegó al pie de aquel montículo de rocas, cascajo y polvo y, tras atar la montura a un risco picudo, buscó una parte que se elevaba en suave pendiente.

Empezó a subir y las botas se le hundieron en el polvo, casi hasta los zahones.

De pronto, una voz estuvo a punto de hacerle pegar un salto.

—¡Alto ahí, fantasma!

Max obedeció y volvió poco a poco la cabeza en la dirección en que había sonado la orden.

Por el costado de una roca de regular tamaño, asomaba el ala raída de un sombrero y el cañón de un rifle.

—¡No se mueva!… ¡Como levante tan siquiera una ceja se la afeito de un perdigonazo!

Max contrajo las pupilas al tratar de descubrir el rostro que se ocultaba bajo el sombrero y así pasaron varios segundos.

—Muy bien. Así me gusta.

Tras la roca se alzó una mujer con el rifle dispuesto para hacer fuego.

La joven vestía ropas masculinas, zurcidas y enrojecidas de polvo, que dejaban adivinar el talle estrecho y el busto erguido y firme.

—No esperaba esto, ¿eh?

Tenía los labios semi gruesos, ojos brillantes y negros, y rostro ovalado, sucio, de pómulos ligeramente salientes.

—¡Vamos, pasmado! Empiece a explicarse.

Max recorrió de nuevo a la mujer con los ojos entornados.

—¿Es sordomudo o es que se hace el tonto…? ¡Necesito que me diga qué es lo que se propone!

Max parpadeó al tiempo que aflojaba la tensión de los músculos.

—¿Quién es usted? —preguntó.

La joven abrió la boca y soltó una carcajada hueca, breve.

—Le interesa mucho saberlo, ¿eh?… ¡Soy yo la que pregunto! Y le advierto que, como no se dé prisa en responder, le voy a dar gusto al dedo.

Ella avanzó sin dejar de apuntarle y se detuvo a unas tres yardas.

Max se enjugó el sudor del rostro con el brazo.

—¿Qué quiere saber? —inquirió.

—Conque qué quiero saber, ¿eh? ¿Es que se ha propuesto tomarme el pelo? Demasiado sabe a qué me refiero. No me lo puedo quitar de encima desde hace varias horas.

Max se golpeó el ala del sombrero hacia arriba.

—Ésta sí que es buena. Llevo casi una jornada sin ver un escorpión y usted aparece de pronto entre unas rocas y dice que la

sigo. ¿No tiene gracia?

—Sí, ¿no ve que me caigo de risa? —La joven borró la mueca irónica de los labios y crispó los dedos sobre el arma—. Va a decirme lo que busca.

—Puede tener la seguridad de que no es a usted.

—Entonces, es que pensaba robarme los víveres. Sí, eso es. Tiene cara de hambriento. Apuesto a que no lleva ni una corteza de tocino para entretener la dentadura.

—En esto último tiene razón. Llevó las alforjas vacías, pero no pensaba asaltar a nadie.

—Y espera que me lo voy a creer.

—Puede tomarlo como quiera. Le acabo de decir la verdad.

Ella indicó la montura de Max con un movimiento de cabeza.

—¿Sabe lo que pienso?

—Ni por un demonio.

—Quería abandonar ese animal y birlarme uno de los dos que llevo. Un ciego podría ver que ese caballo está acabado.

Max resolló y escupió hacia la derecha.

—¿Sabe que se está poniendo usted muy difícil?

—Voy a simplificar las cosas. Será el único modo de que quede tranquilo. No crea que, porque soy una mujer, no sé defenderme.

—¿Qué va a hacer?

—Lo que tengo pensado desde hace un rato.

—Me gustaría saberlo.

—Ahora lo verá y le gustará más —la joven afirmó los pies entre las piedras—. Llevo varias horas sin quitarle el ojo y he procurado darle el esquinazo en dos ocasiones. Cuando creía que me lo había sacudido de encima lo veía aparecer otra vez sobre ese esqueleto de pelo rojo.

—Todo ha sido pura casualidad. No la he visto durante todo el viaje.

—Ahí tiene el fallo. Es imposible que me haya dejado de ver. Llevo un carromato con dos animales. Eso se distingue en medio de una llanura pelada, ¿no?

—Iba dormido en algunos trechos.

—Usted no tiene cara de dormir ni por la noche, vivales —replicó la joven y agregó—: Conque he decidido acabar con la persecución. Cuando encontré este montón de rocas se me ocurrió.

Pensé que me seguiría los pasos y decidí esperarle. La cosa ha resultado tal y como esperaba. Usted no ha tardado ni media hora en asomar el hocico.

—¿Y bien?

—Va a quedarse un buen rato en este delicioso lugar. El suficiente para que yo pueda alejarme y perderle de vista.

—¿Cómo va a conseguirlo? Le advierto que tengo prisa. Aunque no me crea, vine a ver si había agua.

—Pues se esperará. Entretanto, puede distraerse buscando escarabajos bajo las rocas. Es una lástima que no haya un manantial. Yo esperaba encontrarlo. Pero si cierra los ojos se hará la ilusión de que se baña en límpidas y frescas aguas. Voy a llevarme su caballo.

Max arrugó el entrecejo e hizo una mueca.

—¿Qué está diciendo? ¿Es que se le ha recalentado la cabeza?

—No crea que se lo voy a robar. Lo dejaré amarrado a unos quince minutos de camino. Mientras llega usted para recogerlo, yo estaré lejos.

—Oiga, ¿qué clase de loca es usted? —Max dio un paso.

—Lo dicho, trotamundos. Empiece por sacarse el revólver con dos dedos. Se lo devolveré con la montura.

—No voy a hacer nada de lo que dice.

—No, ¿eh? ¿Y para qué se cree que llevo el escupe-plomo? Métase esto en la cacerola. O lo hace a las buenas o lo tendrá que hacer con música de rifle. Decidida.

—Ya está decidido —los pies de Max se arrastraron sobre polvo y piedras.

—¿Qué ha escogido?

—Esto.

Max se dejó caer sentado, al tiempo que golpeaba con la punta de la bota el cañón del arma. Sonó un disparo por los riscos con un agudo zumbido.

Él y ella se enzarzaron en un violento forcejeo y, de pronto, el rifle se escapó de manos de la desconocida y resbaló por la pendiente.

Casi al mismo tiempo la pareja cayó y empezó a rodar hacia abajo acompañada de grava y polvo.

Durante la marcha, Max soltó un respingo al aplastar con el

riñón un pedrusco puntiagudo y notar sobre el ojo el impacto de un puño.

Al llegar al pie del declive, Max consiguió torcer el brazo de la muchacha y recibió a cambio un rodillazo en el hígado.

—¡Yo le daré, maldito escorpión, cara negra, apestoso!

—¡Estese quieta o la dejo manca!

—¡Suélteme!

—¡Guardé las uñas, gata!

—¡Esos tentáculos mugrientos… quítemelos de encima!

Max la despidió de una palmada que sonó como un tiro.

La joven levantó una ola de polvo. Quedó quieta y, de pronto, arrojó un puñado de tierra hacia los ojos del hombre pero no acertó.

Max se incorporó de golpe.

—¡Deje quieto el rifle! —empujó el arma del alcance de la mujer con el pie.

Ella volvió la cara con fiereza.

—¡Me pagará esto bien caro, perro sarnoso! —profirió.

—¿Por qué no sienta la cabeza y le da por obrar como una persona cabal?

—¡No Se crea que me tiene en sus manos! ¡Le voy a dar que hacer!

—¿Es que no me ha dado ya bastante, nena?

El rostro de ella se contrajo.

—¡Así se lo trague la tierra, bastardo del demonio! ¡Debí de agujerearlo primero y luego haberle hecho las preguntas!

Max se quedó con los ojos clavados en ella unos instantes y luego dio un resoplido.

—Vamos, levántese —tendió una mano y se movió hacia la mujer.

—¡Guárdese la ayuda! —Ella escupió con fuerza y esta vez dio en el blanco.

Max limpió la palma de la mano en la pernera del pantalón y las pupilas se le redujeron.

—No sé qué me contiene a darle una buena zurra y dejarla flexible como un látigo.

—Atrévase —desafió la muchacha, y se incorporó por su propio pie.

—Voy a optar por otra cosa. Me alejaré de aquí primero y será la

única manera de deshacerme de usted.

Ella sonrió con sarcasmo al tiempo que se frotaba la suciedad de la cara.

—Va a perdonarme la vida, ¿eh?

—Será el único modo de meterle en la cabeza que no la había visto en todo el día. Ni la perseguía, ni maldita la falta que me hace.

Los labios de la joven se entreabrieron y mostraron con desdén los dientes menudos y blancos.

—Va a hacerme creer que estoy equivocada.

—Se lo habría demostrado si me hubiese dado oportunidad.

—Sí, ¿eh?

—Desde que me salió como una serpiente tras la roca no he hecho más que intentarlo.

—Siga. Empiezo a divertirme ahora.

—No la he visto en todo el camino —dijo Max en tono rotundo — y ahora que tengo ocasión para besarla, robarle el tocino o cambiarle el caballo podrá convencerse.

Ella entornó las largas pestañas.

—Si llega a hacer una de esas cosas se hubiera acordado de Martha Murphy. Puedo jurárselo.

—Se llama así, ¿eh?

—¿No le gusta?

—No tengo nada que objetar. ¿Puede decirme adonde se dirige?

—¿Qué demonio le importa?

—Sería la única manera de disipar todas las dudas —dijo Max, y apoyó el pie en una gruesa piedra—. Estoy casi seguro de que llevamos la misma dirección. Eso lo aclararla todo.

—¿Adónde va usted? —indagó Martha, ladeando la cabeza.

—Pienso llegar al final del desierto. A las inmediaciones del río Krappes.

—¿Qué se le ha perdido por aquel charco de ranas?

Max se aclaró la garganta.

—Voy en busca de un amigo. Tengo noticias de que me reserva algo bueno. Siempre fue un gran tipo. ¿Cuál es su destino?

La joven se pasó el dorso de la mano por los labios y observó la mancha rojiza de polvo que le había dejado sobre la piel.

—Yo iré más allá del Krappes, también busco a una persona.

—¿Para qué?

Martha no lo mandó al diablo, pero apretó los labios.

—Yo vivía en Texas con mi tía Molly, que era viuda de un comodoro y casó por segunda vez. Este marido se largó de repente y tía Molly no supo de él en algunos años. De pronto ha tenido noticias de que el hombre se halla en Nuevo México. Tía Molly ha empezado a dar suspiros y a decir que, si no fuera por las varices en las dos piernas, se ponía a la caza del marido extraviado —hizo una pausa—. Yo me he ofrecido a llevárselo de una oreja. ¿Qué le parece mi historia?

—Que es mentira.

—Acertó —corroboró ella, y añadió—: La suya también es una sucia patraña.

Max cabeceó con la mirada puesta en un pequeño cacto.

—Creo que empezamos a ponernos de acuerdo.

—Sí, legañoso. Y ahora será mejor que suba a ese borrico y empiece a levantar polvo por el desierto hasta que deje yo de verlo.

—¡No os mováis de ahí! —ordenó una voz, de pronto.

Martha dio la vuelta de un brinco, como picada por un reptil.

—¿Quién ha dicho eso?

—¡Hugh Hollister! —chilló un tipo delgado, de piel verdosa, ojos saltones y extraviados, apareciendo por detrás de una roca. Le crecía una sucia barba de varios días y vestía pingajos. Empuñaba un largo revólver y lo movía al compás de sus palabras—. ¡Y cuando Hugh lo dice, todos a cerrar el pico!

La joven volvió la cara hacia Max.

—¿Quién es este maniático?

Max encogió los hombros.

—Hugh Hollister. Él lo ha dicho.

El aparecido rió como una hiena y el ojo izquierdo amenazó con salirse de su órbita.

—Por fin os tengo bien cogidos —sonrió cruel.

Emitió una aguda carcajada.

Max se movió hacia él, con las piernas separadas.

—¿Qué le pasa, hermano?

—¡Clávate en el suelo! ¡Ni un solo paso!

Max permaneció en el sitio que pisaba, la vista fija en el hocico del revólver.

Hugh rió con brevedad.

—Eso es. Así es mejor. Me gusta que me hagan caso. Ya os tengo, y ahora, a morir. Sí, os voy a liquidar. Es hora de que me divierta.

Rió alborozado, mientras contemplaba a la sorprendida pareja.

CAPÍTULO III

Martha escupió de lado.

—¡Que me emplumen si este tipo no está más loco que un rebaño de cabras!

—¡No hable así, Martha! —dijo Max, hosco—. Puede ser insolación.

Hugh se desternilló de risa, revólver en mano.

—Ha sido muy bueno eso. En los poblados me llaman Hugh *el Grillo*, pero os voy a demostrar todo lo contrario. Os seguí los pasos y no os disteis cuenta. Soy un tipo listo. Eso es lo que pasa.

—¡Maldita sea! —exclamó Martha—. ¡Ahora caigo! ¡Es el jinete que me rastrea desde hace horas!

Hugh se carcajeó y apuntó alternativamente a los dos jóvenes.

—¿Lo veis? —Miró a Max—. Te descubrí pegando tiros con aquel otro en el manantial. Esperaba que murieseis los dos, pero te salió bien. Vi cómo le abollaste la tapa de la olla. Lo vi todo.

—Conque estaba allí, ¿eh? —gritó Max.

Hugh prosiguió:

—Sí, y te aguardé escondido en una roca para largarte una bala. Pero lo pensé mejor. No te pusiste a tiro. Esperé otra ocasión. Sabía que se presentaría. Lo sabía. Hugh todo lo sabe. Hugh es listo como el diablo.

—Hugh tiene los tornillos pasados de rosca —barbotó Martha.

—¡Cállate, puerca!

Martha contrajo el rostro.

—¿A quién le llamas puerca, bastardo? —chilló.

Hugh la encañonó, jadeante.

—A ti. Y te lo repetiré otra vez cuando vacíe en tus bonitos sesos medio cilindro de «Colt». El otro medio lo guardo para este

mamarracho. Os dejaré tendidos, muy juntitos, para que los cuervos tengan comida variada.

Martha escupió una maldición hacia Max.

—La culpa es suya. Si tuviera un rifle entre manos ya le habría dado a este chiflado una buena ración.

—Ya te la daré yo —sonrió Hugh—. Y a éste le voy a dar matute apenas acabe contigo. Para eso os he seguido.

Los puños de Martha se crisparon. Dio dos pasos hacia Hugh.

—¡Condenado roñoso…! —rezongó entre dientes—. ¡Es la más sucia jugada que he visto en mi vida!

Max intervino.

—Estese quieta, Martha.

Hugh cambió el brillo de los extraviados ojos sin dejar de mirarla.

—No; que siga. Me está gustando. Es una gata rabiosa. Se me ha ocurrido otra idea de repente. No hay como las mujeres para quitarle a uno las cosas de la cabeza. Son todas iguales. Tengo razón.

La chica murmuró:

—¿Qué clase de idea le ronda por esa cacerola oxidada?

—Vas a venirte conmigo.

—¿Qué estás diciendo, espantapájaros?

Hugh emitió una risita.

—Lo que has oído. Te voy a conservar de momento. Te acabaré más tarde.

—Sí, ¿eh?

—Me vas a hacer falta.

—¡El muy hijo de perra! —resolló Martha, e inició un salto hacia Hugh.

Max la sujetó por el brazo con fuerza.

—No se mueva. Puede disparar.

—¡Suélteme! —Se debatió ella vigorosamente—. ¡Voy a destrozar a este gusano, aunque sea a dentelladas!

—Calme los nervios.

Ella enseñó los dientes.

—Que me calme, ¿eh? Ya daré yo a ese badulaque… Como llegue a hacerme con el rifle le va a doler.

Hugh se regocijó con el espectáculo.

—Déjela. Está furiosa y eso me satisface. ¿Me has oído? Te he dicho que la dejes.

Martha logró desasirse, pero se mantuvo quieta, respirando entrecortadamente.

Hugh torció el gesto.

—Me gustas más cuando chillas. Sí, muñeca. Sólo entonces estás hermosa.

Max continuó, sin quitarle ojo al individuo. Dio otro paso hacia él.

—¿Quiere decir de una vez a qué viene toda esta amenaza? ¿Qué es lo que se lleva entre manos?

—No te lo figuras, ¿eh? —sonrió Hugh.

—Me va algo por la cabeza.

—Saca conclusiones. He llevado el mismo camino que vosotros.

—Ya me he dado cuenta.

—Pues bien. Procuré tumbaros, pero aguardé vuestro encuentro. Sabía que os veríais. De modo que esperé. Así mato dos pájaros de un tiro. Ahí lo tienes todo, Max. Oí que te llamaba así aquel tipo. Os largasteis bastante plomo. ¿Y todo, por qué? Todos nos movemos por la misma razón. Siempre he dicho que el mundo es un pañuelo.

—Siga, Hollister.

—Lo demás lo ve un tonto. Llegué por el otro lado de estas peñas y me enteré de lo que hablabais tú y ella. Sé a lo que vais. Y os aseguro que no os saldréis con la vuestra.

—Va a disparar, ¿eh?

—A ella me la llevaré —repitió Hugh.

Martha dio un salto de improviso hacia el forajido.

Intentó atrapar el brazo armado.

Hugh estrelló el puño en el mentón de la joven.

Martha trastabilló mareada.

Max quiso aprovechar la confusión para desenfundar.

En el preciso instante en que iba a hacerlo, sonó un disparo y la bala le quemó la yema del dedo.

Aquel loco de Hollister estaba en todo.

Tuvo que separar los brazos a cada costado para prolongar su vida.

Hugh parecía divertido. Miró a la joven caída en el polvo.

—¿Te ha gustado, encanto? Eso es sólo el principio. Haz otra

jugarreta y te meto una bala en el cuello.

—¡Me las pagarás, reptil! —gritó Martha, y se acarició la parte golpeada—. ¡Te juro que me acordaré de esto!

—Vas a ser buena chica —sonrió Hugh. Se dirigió a Max—. Y en lo que respecta a ti, ya ves que no me chupo el dedo. Aún no me explico por qué no te he matado ya. Y es que estoy pensando… Las pupilas de Hugh delataron la incubación de una nueva idea. Max proyectó la mandíbula una pulgada, pero se limitó a resollar.

Hugh chasqueó los dedos.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. ¡Es lo mejor que se me ha ocurrido en mucho tiempo!

—¿Qué es, Hollister?

—¡Te voy a dejar amarrado como un paquete! ¿No te das cuenta? ¡Será muy bueno! ¡Vas a quedarte entre las rocas sin poder moverte! Y te pondré delante de las narices una cantimplora y un pedazo de tocino. ¿Qué te parece, mugroso? ¿Verdad que es una idea de las buenas?

—Usted tiene cabeza, Hollister.

—¡Claro que la tengo! Pero no te hagas ilusiones. No podrás hacerme ninguna jugada mientras te ato porque… ¡Va a ser ella quien lo haga!

Martha se incorporó lentamente con los ojos relampagueantes.

—¡No haré nada de lo que me digas, cerdo!

—¡Lo harás! —sonrió Hugh—. O te sacudiré un culatazo en la linda cabeza. Eso es lo que te ganarás esta vez como no obedezcas.

La joven avanzó con los puños contraídos.

Hugh retrocedió sonriendo con fiereza.

—Anda, da otro paso más y cambio de plan. Te mando un relleno y luego se lo doy a este tipo.

Martha se inclinó hacia delante.

Hugh empezó a curvar el dedo sobre el gatillo.

—¡Martha! —exclamó Max—. Haga lo que le ordenan. En mi caballo hay una cuerda.

Ella movió la cara con brusquedad.

—¿Qué le pasa? Le gusta hacerse el héroe, ¿eh?

—Será mejor que acabemos de una vez con esto.

—¿Y si no me da la gana?

—Debe hacerlo. Ya me las compondré como sea.

Hugh soltó una nerviosa carcajada y el ojo izquierdo le bailó en la órbita.

—Te crees que podrás escapar, ¿verdad, Max? Quítate eso de la mollera. Me aseguraré de que quedas bien atado y como esta piojosa me haga trampa sabrá lo que es bueno. Me he propuesto que te mueras de hambre y sed mientras te cueces entre las piedras. Va a ser una lástima que no pueda quedarme para verlo. ¡Vamos, nena! ¡Trae la cuerda!

Martha agitó con furia el seno pero acabó por dar media vuelta hacia el caballo de Max.

Hugh se carcajeó, regocijado.

Max entornó los ojos.

—Si salgo de ésta se acordará de veras, Hollister.

—Deja que me ría. ¿Todavía estás con la idea de zafarte? Ya verás cómo no podrás escapar. Tú eres de los tipos que conocen lo que significa quedarse en estos parajes sin poder valerse. He visto esqueletos de individuos que perdieron el caballo o se quedaron sin una gota de agua… ¿Te haces cargo de lo que será de ti cuando estés asado toda una jornada? Te quemará la sed. Los insectos pasearán sobre tu sucia piel y los avechuchos darán vueltas por encima de tu cabeza preparándose para comer carne. He dicho que será una lástima que no lo vea, pero me daré el gusto de pasar a ver lo que queda de ti cuando regrese de mí destino.

Martha deshizo el rollo de cuerda con gesto rabioso.

—Así me gusta, muñeca —dijo Hugh—. Ahora pásale el lazo por los hombros.

La joven obedeció. La cuerda apretó los brazos de Max contra sus costados.

Hugh babeaba de placer.

—Apriétalo bien. Atalo al estilo comanche, si lo dejas flojo a propósito te partiré la boca.

Martha hizo un complicado atado a conciencia.

—Ahora los pies —volvió a decir Hugh—. Que le queden bien sujetos. Pero, primero que ande hasta las rocas. ¿Has oído, bastardo?

Max y la joven se metieron entre las peñas, bajo la amenaza del revólver de Hugh.

Max quedó amarrado en pocos segundos con una cantimplora y

un pedazo de tocino ante su cara.

Hugh se inclinó para asegurarse de la solidez de la ligadura, mientras emitía una risita entre dientes.

—Así me gusta, nena. Veo que tienes buenas manos para las labores.

Propinó un puntapié a las costillas de Max, le quitó el revólver y empezó a incorporarse.

Martha se abalanzó sobre Hollister con las uñas fuera.

Hugh soltó una sarta de maldiciones. Descargó golpes y los recibió a su vez.

Max presenció aquella lucha en tanto lo devoraba una sorda rabia.

De pronto, Martha salió despedida y golpeó la cabeza contra una piedra.

Se desplomó sin exhalar un gemido ante la risa de su atacante.

—Tú lo has querido —dijo éste—. Ya te lo advertí.

Los ojos de Max despidieron fuego.

—Le juro que lo desollaré vivo, Hollister. Hugh encogió los hombros con una mueca de buen humor.

—Sigue hablando, Max. Yo te aconsejaría que lloraras un poco. Eso descarga el pecho.

—Tendrá que dar cuenta de esto.

—Estás perdido, Max. Y tú lo sabes. Vas a morir como un ratón en el cepo. Por eso estás furioso. Me llevaré a la gata y entretanto se te secará la piel encima de los huesos. Debiste tener más agallas y acabar de sacar el revólver a pesar de todo. Sé que no lo has hecho para que mi plomo no alcanzara a la chica que andaba de por medio. Pero ha sido peor para ti. Se te acabaron las posibilidades. Eso es lo que te saca de tus casillas.

—Nos veremos, Hollister.

Max tensó los músculos bajo las cuerdas.

Hugh se acercó para echar una última ojeada a las ligaduras.

Max le escupió en la cara. El puño de Hugh salió disparado y le pegó en la boca.

En aquel momento, Martha hizo un leve movimiento. Empezaba a recobrarse.

Hollister recogió las armas y ató su caballo a la trasera del vehículo. Espantó al alazán de Max y el animal se perdió de vista.

Tomó entre los brazos a Martha y la depositó en el carro. Luego subió al pescante, alzó el látigo y se puso en marcha.

Volvió por última vez la cabeza hacia donde se encontraba Max y lo saludó con el brazo en alto.

—¡Que te pudras bien pronto!

Lanzó al aire una estridente carcajada y se alejó.

Max se dio a todos los diablos en voz baja y, al acabar, empezó a ponderar su situación.

No tenía la menor esperanza de que las cuerdas cedieran. Martha había procurado hacer bien el trabajo obligada por el revólver y los puños del chiflado Hollister. Examinó las rocas cercanas, pero no descubrió en ellas un filo para cortar la ligadura. Todas las piedras estaban pulidas y redondeadas por la acción del tiempo. Además, tenía las manos fuertemente trabadas, de modo que le era casi imposible mover los dedos.

Vio que el tocino que le pusiera Hollister frente a él se cubría de hormigas blancas, voraces.

Arrugó la nariz al pensar lo que sucedería cuando devoraran el tocino y se retorció para encontrar una posición más favorable.

Lo consiguió al cabo de un largo rato y fue a caer por el otro lado del nido de rocas en que se hallaba. Apoyó la cara contra una piedra para descansar y, de pronto, sus ojos descubrieron la culata del rifle de Martha.

Redobló sus esfuerzos para acercarse al arma, mientras pensaba en lo inútil que le resultaba el rifle con las manos bajo la cuerda.

No obstante, al llegar a su objetivo se le ocurrió una idea.

Encajó la bota izquierda entre dos peñas y forcejeó para desprenderla del pie.

Algunos minutos después conseguía descalzarse. Se tendió a lo largo del rifle y se las compuso para que el orificio del cañón quedara contra tres vueltas de la cuerda que atenazaba sus muñecas. Invirtió en ello una eternidad. Luego, con los músculos crujiendo por el esfuerzo, levantó el pie hasta el gatillo y con el dedo pulgar lo apretó.

Sonó un estampido y la llamarada le chamuscó la camisa, le calentó la barbilla y se le llevó un mechón de pelo. Notó que la cuerda cedía y estuvo a punto de gritar de alegría.

Diez minutos después conseguía librarse de la traba. Se calzó la

bota, tomó el rifle e se incorporó.

Saltó por encima de las piedras y, desde lo alto, intentó localizar el caballo. Lo vio a lo lejos, junto a unos cactos.

Descendió del montículo y fue en su busca.

Lo recobró y, apenas puso el pie en el estribo, salió disparado en busca del Grillo y su presa.

CAPÍTULO IV

El sol estaba cerca de su ocaso. Hugh Hollister manejaba infatigable el tronco de caballos. Se revolvió por centésima vez en el pescante para vigilar a la muchacha y gruñó satisfactoriamente.

Martha había empalmado la inconsciencia del golpe con una especie de sopor. Permanecía acostada contra el vibrante fondo del vehículo y, de tiempo en tiempo, emitía un suspiro.

El carromato se aproximó al único pico rocoso que se distinguía desde aquella parte y entró en el jirón de sombra que proyectaba.

Hugh tascó el frenó con fuerza y el carromato gimió corriendo unos metros con las ruedas paradas.

Al quedar detenido, Hugh husmeó en el ambiente, al acecho del menor sonido.

Sólo percibió el rumor producido por las pinzas de los gorgojos royendo un cacto podrido.

Soltó un escupitajo.

En aquel instante aparecieron dos jinetes por un lado del pico, quienes al ver el vehículo tiraron de las bridas.

Hugh torció las facciones en una sonrisa y colocó el látigo en la argolla.

Descendió del pescante, se subió los pantalones de un tirón y se encaminó hacia los dos hombres.

—Me alegro de que hayamos coincidido al mismo tiempo.

El más alto de los jinetes echó pie a tierra. Era un tipo musculoso, de nariz aplastada y ojillos vigilantes.

—Te equivocas, Hugh —dijo—. Yo estoy aquí desde hace varias horas.

Hugh lo observó con la fijeza que le permitía su ojo fugitivo, y después, pasó la mirada al otro hombre que desmontaba con

dificultad.

—¿Qué le ocurre a Jim?

El interlocutor de Hugh desvió la cabeza en dirección al llamado Jim y escupió una maldición.

—¡Ese imbécil…!

—¿Ha ocurrido algo, Alwyn? —indagó Hugh. Se dio cuenta de que Jim llevaba el antebrazo dentro de la camisa.

—Llegó hace una hora —gruñó Alwyn—. Tiene una picadura de plomo en el brazo.

—¿Cómo ha sido?

Alwyn encogió los hombros.

—Dice que se le disparó el revólver cuando lo repasaba. He preferido que vinieses tú para ver si entre los dos le buscamos las arrugas. No me gusta la explicación que me ha dado.

—Ya hablaremos luego de eso… —Hugh sonrió—. Lo bueno es que estamos aquí los tres.

—¿Verdad que es eso lo que te importa? —sonrió Jim a su vez y se aproximó a los dos hombres.

Jim tenía aspecto de conejo. Su cara era larga y huesuda. Enseñaba los largos incisivos que le caían sobre el labio inferior.

Hugh soltó su estridente carcajada que sonó a cristales rotos.

—¡Vamos, Alwyn! ¡Alegra esa cara! ¿No ves que vamos a ser ricos?

Alwyn rió también, abriendo una bocaza descomunal.

—Mi trabajo me cuesta, Hugh. Antes de venir aquí tuve que cargarme a Sam Quimby.

Hugh miró a Alwyn con un ojo y luego optó por hacerlo con el otro.

—Conque está ya en el infierno…

Alwyn asintió con dos movimientos de cabeza.

—Me lo tumbé allá, por Las Escarpaduras.

—Tienes agallas, Alwyn. Por eso me metí en este asumo con vosotros. Estoy convencido de que sabéis dónde está vuestra mano derecha.

Alwyn y Jim sonrieron complacidos.

—Tan cierto como me llamo Alwyn que el botín caerá en nuestras manos. Esto de ir por distintos caminos parando los pies a la competencia, es la idea más fenomenal que se nos ha podido

ocurrir.

—¿Cómo te hiciste con Quimby? —preguntó Hugh.

—Sabes que tocaba una armónica, ¿eh?

—Sí, andaba en ese chisme a toda hora.

—Bueno, pues lo descubrí por eso. Oí que alguien tocaba entre Las Escarpaduras. Me acerqué y al verme se puso amarillo. —Alwyn sacudió la cabeza con pesar—. Era un buen chico, ¿sabes?

Lástima que se le metiera la idea entre ceja y ceja de ir hacia el Krappes.

—No es él solo —observó Hollister.

—Pues como te digo, Hugh. Quimby se echó a temblar y me reprochó que lo quisiera ultimar sin darle ocasión a defenderse. Aquello me caló hondo y opté por enfundar el «Colt».

—A veces te pasas de bueno, Alwyn.

—Yo soy así, Hugh. Debe ser de nacimiento. —Alwyn hizo una pausa—. Bueno, a lo que íbamos. Como sé que Sam le tenía cariño al instrumento hice que se lo metiera en la boca y él mismo daría la señal para el duelo. Sólo tenía que pitar.

Hugh contuvo un bostezo.

—Me figuro lo que pasó. Tienes un saque muy rápido. Pero eso te va a expensas de la puntería —observó.

Alwyn enarcó las cejas.

—Pues mira por dónde, de un solo disparo le colé bala y armónica dentro de la boca. Y eso apenas lanzó la primera nota.

Hugh y Jim unieron sus carcajadas.

Alwyn sonrió con modestia y, de pronto, señaló el vehículo y anduvo hacia él.

—¡Demonios, Hugh! ¿Dónde has conseguido este carricoche?

Hugh siguió al gigante.

—Me tocó en una rifa.

Jim merodeó por el otro lado y exclamó:

—¡Canastos! ¡Si hay una hembra en el equipo! ¡Y aunque lleva polvo se ve que es guapa! ¡Apuesto a que va a ser un viaje distraído!

Alwyn hizo una mueca de desagrado.

—Espérate, imbécil —luego miró a Hollister—. No me gusta esto, Hugh.

—¿El qué, Alwyn?

—La chica. Ya sabes que siempre traen líos. Mete a una mujer en

un asunto serio y acabará todo por irse al diablo.

—¿Qué has comido, Alwyn? Me parece que te lo tomas todo demasiado a pecho. Una hembra siempre alegra las duras jornadas.

—Trae mala suerte —sentenció Alwyn con cara hosca—. ¿No te acuerdas de Ben *el Zurdo*?

—Sólo es una muesca de mí revólver. Pero me va algo por la cabeza.

—¿Y por qué lo atrapaste, Hugh? Yo te lo diré: porque aquella mexicana te dijo la hora en que echaba la siesta.

—Hay algunas muy perras —convino Hugh—. No todas son igual.

—No, ¿eh? —Gruñó Alwyn—. ¿Y qué me dices de Tedd Escanava? Nadie podía hacerle frente con el revólver. Ningún *sheriff* pudo sentarle la mano. En cambio Lydia Payne le hizo la rosca y un día consiguió meterle una bala en el espinazo. Hoy la tal Lydia regenta un local en El Paso que montó gracias a los diez mil dólares de recompensa. Lo que te digo, Hugh. Todas están cortadas por el mismo patrón.

—Martha empieza a quererme —retrucó Hugh, y se inclinó por una esquina del carro.

La joven acabó de despertarse, se incorporó a medias, rápida como una cobra, y lanzó un escupitajo a Hugh.

Alwyn y Jim prorrumpieron en ruidosas carcajadas en tanto que Hugh se enjugaba el rostro, rabiosamente, con la manga.

—Es que no está acabada de domar —dijo Hugh, y acabó por reír también.

Los tres individuos se separaron del vehículo dando muestras de buen humor.

—¿Dónde la has encontrado? —preguntó Alwyn.

Hugh se despojó del sombrero y empezó a abanicarse.

—Está relacionada con los encuentros que he tenido.

—¿Sabes algo de Kid Baney?

—Está bien muerto.

Alwyn y Jim dieron muestras de sorpresa.

Cuando Alwyn cerró la boca volvió a abrirla para decir:

—¿Así que la Rata ha caído en tu cepo?

Jim agregó, enseñando los dos incisivos:

—Era el peor de los rivales. Si te has hecho con él, casi me

atrevo a decir que todo será coser y cantar.

Hugh esperó el final de las exclamaciones de sus compinches emitiendo su risa baja y metálica.

—No lo tumbé yo —dijo.

—¿Qué dices, Hugh? —exclamó Alwyn—. Eso me parece más raro todavía.

Las pupilas de Hollister chispearon de regocijo:

—He de deciros que lo estuve buscando por el desierto. Me costó bastante dar con él y, aún más, seguirle el rastro sin que se diera cuenta. Tenía planeado cogerlo en el sueño y rellenarle la calabaza de plomo. Demasiado peligroso para andarse con lances frente a frente.

—Habla más aprisa, Hugh —instó Alwyn, boquiabierto.

Hollister carraspeó.

—Me llevé una buena sorpresa cerca del manantial del Crótalo. Kid Baney se encontró con otro tipo con el que no contábamos.

—¿Otro tipo? —repitió Alwyn—. ¿Quién es?

—Un tal Max —informó Hugh—. Kid Y Max se conocían y la emprendieron a tiros. Se parapetaron tras las rocas y estuvieron largándose balas como cosa de seis horas. Por fin, Kid le quiso hacer una buena al tal Max y éste le aplastó la sesera.

—¿Qué hay de ese Max?

Hugh sonrió con los ojos desorbitados.

—Aquí viene lo bueno. Pude pescarle unas horas más tarde en compañía de la palomita del carromato. A ella la descubrí durante esas horas que perdí a Max de vista.

Jim rió como un conejo.

—Ya está claro. Pusiste patas arriba al tipo y te has traído a la hembra. Tienes ojos, Hugh.

Hollister negó con la cabeza.

—¿Os acordáis de lo que hice con el bastardo de Menéndez?

—¿El que te birló a Lupe?

—Sí.

Jim chasqueó los dedos.

—¡Demonio! ¿También le has liado tres metros de cuerda con el agua ante los hocicos?

Hugh asintió.

—Lo he dejado atado como un ovillo, entre unas peñas tan

calientes, que sueltas un salivazo y sale humo.

Los tres sujetos rieron con ganas.

—No está mal —acabó Jim de reír—. Yo, por mí parte, he estado vigilante en la franja que hay a cincuenta millas del Krappes, tal como quedamos.

—¿Qué hay de particular? —se interesó Hugh.

—Parece que la cosa se pone buena —continuó Jim—. Primero vi pasar a Leonard Bowen y unas horas después a Nik Niesley.

—Esos perros, ¿eh?

—Cada uno iba por un lado. ¿Sabéis lo que pienso, muchachos? Pues que en este asunto cada uno arrima su sardina al fuego. Por eso, el botín de Bill *el Tuerto*, caerá tarde o temprano en nuestras manos.

Alwyn escuchaba el relato con una sombra de sospecha en su rostro, sólido como el granito. Se podía deducir que, en el fondo, no creía ni una palabra de lo que decía el tipo con cara de roedor.

—Sigue, Jim —instó.

—No me moví de mí sitio porque Leonard Bowen iba despistado. Se detuvo varias veces como si titubeara. Puedo apostar los que queráis a que ese tipo no da con el poblado ni en un siglo.

—¿No viste a nadie más? —indagó Hugh.

Jim sacudió la cabeza negativo.

—Por aquellos lugares sólo hay cuervos y serpientes. Fueron los únicos bichos, además de Bowen y Niesley, que pude ver.

Se produjo un silencio.

Jim se miró las puntas de las botas.

Alwyn tenía los labios apretados formando línea recta.

Los ojos de Hugh permanecían fijos y desarmónicos.

—Debiste de plantarles cara a Bowen y Niesley —dijo Hugh—. ¿Por qué no lo hiciste? ¿Te imaginas lo que sucedería si diesen con el escondrijo de Bill *el Tuerto*?

—No darán con él, Hugh. Puedes estar seguro de eso. No los perdí de vista hasta que me convencí de que seguían un camino equivocado. Lo que os digo, muchachos. No saben por dónde van. Tanto uno como otro, andarían despistados durante bastante tiempo. Por fin acabaron por seguir una ruta contraria a la del poblado del Krappes.

Hugh apretó los dientes.

—¿Y si te han tomado el pelo, Jim?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Bowen y Niesley no tienen fama de tontos. Podían haber disimulado. Tal vez creían que eran vigilados y optaron por hacerse los despistados.

—Ya te he dicho que cada uno iba por su parte. Y a mucho tiempo de ventaja. Es imposible que estuvieran de acuerdo para la comedia.

Hugh se pasó varias veces el dorso de la mano por la mejilla.

—No sé qué pensar.

—Yo, sí, Hugh —gruñó Alwyn.

—¿Qué piensas tú?

Alwyn señaló a Jim con el pulgar.

—Que este tipo nos está soltando una ristra de mentiras más apestosas que él.

Hubo un largo silencio.

Jim protestó con voz insegura:

—¿Cómo te atreves a dudar, Alwyn?

Hugh se pellizcó el labio inferior y tiró de él repetidas veces sin apartar la mirada de Jim.

—A Jim le conviene no mentir —dijo, y ahora miró a Alwyn.

—¡Pues que me cuelguen si no intenta clavarnos un cuento más grande que un búfalo!

—¡Digo la pura verdad! —gritó Jim.

Alwyn giró la testa con brusquedad.

—¡Mientes como un puerco, Jim! Debiste llegar aquí hace cinco horas y sólo hace una que has venido. ¿Qué dices a eso?

—¡Ya te dije que el tiro que se me escapó me dio quehacer! ¡Tuve que lavar y vendar la herida!

—¡Al diablo con eso! Es más falso que un dólar de plomo.

Hugh soltó su risa de hiena y miró a Alwyn.

—Jim es veraz —dijo, y se contempló las uñas comprobando que les hacía falta un corte y una limpieza.

Soltó el puño y lo estrelló en la cara de Jim, sin dejar de reír.

Jim fue recogida por Alwyn y afirmado sobre los pies, como un tronco.

—Habla —dijo Alwyn.

Jim se restañó una gota de sangre en la comisura de la boca y

luego se humedeció el colgante labio inferior.

—Está bien. Os diré lo que ha pasado.

—Buen chico —le hundió Hugh afectuosamente el índice en el abdomen.

Jim carraspeó y se golpeó la palma de la mano con el puño.

—Ha sido mi estúpido orgullo —meneó la cabeza—. Me enfrenté con Bowen y antes de que pudiera desenfundar me sacudió un balazo. No os lo quería decir.

Hugh alzó las cejas.

—¿Lo ves, Alwyn? Ya sabía yo que Jim iba a abrirnos su pecho.

—Eso no justifica las cuatro horas de tardanza —rezongó Alwyn.

—Ajá. —Hugh le apuntó con el dedo—. Eso nos lo dirá ahora, ¿eh, Jim?

Y disparó el puño de nuevo, que esta vez alcanzó a Jim en una ceja.

—¡Os juro que es cierto! —aulló Jim, mientras perdía la vertical.

Alwyn lo recogió y le cerró la boca de un trallazo, reenviándolo a Hugh.

—¡No me peguéis! ¡Estoy herido!

Hollister le dio su parte y los dos incisivos de conejo quedaron rotos por la mitad, con lo cual la cara de Jim ganó en estética.

Pero Alwyn le borró el pasajero arreglo de cara, abriéndole una brecha en el pómulo, que quedó en carne viva.

Empezó a arrugarse. Alwyn lo puso en marcha nuevamente, esta vez aplicándole un terrible nudillazo en la nariz, cuyo hueso se partió con un restallido.

—¡Vamos, Jim! ¡Suéltalo todo!

Jim boqueó varias veces, dando traspiés.

—¡Tenéis… que… creerme!

—Estoy convencido. —Hugh le propinó un revés en plena boca.

Jim se cubrió la cara con los brazos al llegar cerca de Alwyn y éste le colocó un salvaje rodillazo en el bajo vientre, lo que hizo que Jim se doblara en dos.

Alwyn remitió el pingajo humano a Hugh, quien lo esperó agachado, con el puño a punto.

—¿Hablas de una vez, Jim? —preguntó Hollister sin recibir respuesta.

Sus sucios nudillos subieron raudos y chocaron de nuevo entre

cuello y mentón de la víctima.

Se esparcieron por el aire, sangre, secreciones y esquirlas de muelas.

Hugh atrapó lo que quedaba de Jim por el cuello de la destrozada camisa y lo zarandeó.

—Sólo estamos unos minutos, Jim. Te advierto que Alwyn y yo, podemos seguir con esto una hora. ¿Vas a escupirlo todo?

Jim sacudió la cabeza con dificultad en sentido afirmativo.

Alwyn se acercó a Jim limpiando los puños en las perneras del pantalón.

Jim abrió y cerró varias veces la boca y al fin pudo modular:

—Me dispararon en el pueblo.

Alwyn soltó una imprecación.

—Conque estuviste allí, ¿eh?

—¿Qué más, Jim? —apremió Hugh.

El golpeado dijo entre jadeos:

—Quise echar un vistazo. Tenéis que perdonarme. No podía contenerme. Me picaba la curiosidad y quise ver lo que había allí.

—Querías darnos esquinazo —dijo Alwyn—. Eso es lo que querías.

—Os juro que fui a explorar el terreno… Sólo a eso… Conque me metí por aquellos andurriales y entonces se asomó el cañón de un rifle treinta y dos y me escupió una bala… No fue ésa la que me dio… Salí de estampida hacia el caballo… Cuando me subí a la silla sonó otro disparo y me agujereó el brazo… El tipo del rifle siguió haciendo fuego hasta que me alejé.

Hugh y Alwyn cambiaron las miradas.

—¿Qué te parece, Alwyn?

El gigante sacudió la testa.

—Es raro que Bill *el Tuerto* tenga un «Winchester». La gente contaba que Bill nunca se separaba de su «mata búfalos» de carga por la boca del cañón.

Hugh rió.

—Hoy todos se quieren poner al día, Alwyn. Estoy seguro de que el Tuerto cambió un poco de su oro por un buen rifle. Es lógico que defienda adecuadamente sus intereses.

Alwyn contempló el rostro maltrecho de Jim.

—¿Qué hacemos con éste? Está visto que ya no podemos confiar

en él.

Los ojos de Hugh siguieron distintos caminos.

—Será mejor que le vacíe el cilindro del «Colt» en un ojo.

—¡No, Alwyn! —aulló Jim.

Alwyn sacó el revólver y fue a apuntar a la cabeza del caído.

De pronto, se oyó un furioso galope.

Hugh y Alwyn volvieron las caras hacia la parte en que se hallaba el carromato.

La muchacha galopaba en el caballo de Hugh.

Éste escupió una maldición.

—¡Eh, chica! ¡Vuelve aquí! —Sacó el revólver—. ¡Vuelve o disparo!

Martha continuó corriendo.

—Tú te lo has buscado —gritó Hugh y entonces hizo fuego un par de veces.

CAPÍTULO V

Hacía una hora que Max seguía las huellas del vehículo conducido por Hollister, Las marcas de las ruedas eran lo suficientemente profundas y claras para rastrear sin dificultad el camino emprendido por el loco y su presa.

Max contempló la gran roqueña de capas horizontales que se alzaba frente a él y observó que las huellas desaparecían por una esquina que daba al Norte.

Decidió echar un vistazo con las debidas precauciones y descabalgó. Hizo entrar una bala en la recámara del rifle y empezó a andar hacia la pétrea masa.

Sonó, entonces un disparo y el proyectil pasó cerca de él con un silbido siniestro. El caballo relinchó sobre las dos patas, y Watson lo abandonó corriendo en zigzag.

Otro disparo levantó polvo a un metro de él y, antes de que sonara el tercero, se refugió entre las irregularidades de la pared natural y unas rocas.

Desde allí hizo fuego a su vez y luego estudió los salientes de las capas que había sobre su cabeza.

El tipo se escondía en la misma esquina por dónde dobló el vehículo.

Max previo otro largo combate como el que tuvo que sostener con Baney y decidió abreviar el encuentro.

Se quitó el sombrero y lo colocó de modo que se entreviera el ala. Era un viejo truco, pero nunca dejaba de proporcionar dividendos. Luego, apretó el gatillo por segunda vez y comenzó a trepar por los salientes, al abrigo de las miradas de su agresor.

Alcanzó una serie de rocas planas y paralelas a unos cuatro metros del suelo y recorrió un buen trecho sin dificultad.

Se acostó sobre una de ellas y asomó la cabeza con cuidado.

El individuo estaba justamente debajo de él. Se hallaba tendido boca abajo, con el rifle entre las manos.

Max le apuntó, al tiempo que dijo:

—Está copado, amigo. Intente algo y le parto el espinazo.

El tipo se esponjó y abandonó el rifle flojamente. Se dio vuelta hacia arriba y mostró el rostro.

Era un hombre de unos cuarenta años, de bigote y pelo canoso. Tenía el aspecto de un roble sarmentoso y seco.

Al cerciorarse de que el joven no tenía intención de disparar destapó una cantimplora y bebió un trago para calmar la impresión.

Hasta la nariz de Max subió un fuerte olor a *whisky*.

—Conque pensaba liquidarme —dijo Max.

El viejo se limpió la boca con la manga e intentó serenarse.

—Le juro que estaba equivocado. Lo he tomado por otra persona.

—Sí, ¿eh? —Gruñó Max.

—Es la verdad más grande que he dicho en toda mi vida.

Max se descolgó por el ala de piedra y cayó de pie junto al anciano, quien se incorporó al mismo tiempo.

—¿Quién es usted? —preguntó Max.

El viejo le alargó la cantimplora.

Beba un trago. Así hace siempre el viejo Gilbert las presentaciones. Además, no quiero que me guarde rencor.

Max aceptó.

—Me llamo Max Watson y me dirijo hacia el Krappes.

Gilbert entrecerró un ojo y lo fijó en su interlocutor.

—Me apuesto el resto de esta cantimplora a que va en busca de Bill *el Tuerto*.

—Ha dado en el clavo —contestó Max—. Y, puesto que veo que usted es de los que van al grano, será mejor que me lo cuente todo.

Gilbert tapó la cantimplora y sacudió el líquido para hacerse cargo de lo que quedaba.

—No tengo inconveniente. Para empezar, le diré que tengo derecho para llegar hasta ese oro.

Max frunció el ceño.

—Eso es lo que me choca. Parece que los interesados en el botín están muy seguros de sus derechos sobre él. Y no ven otro modo de

reclamar que emprenderla a balazos con el primero que se les cruza en el camino.

El viejo torció el gesto y escupió por un colmillo.

—Es que los tipos que están al acecho del asunto son de cuidado.

—Me gustaría saber su parte. Parece bastante enterado.

Gilbert volvió la cabeza hacia un lado de la masa rocosa.

—Tengo allí detrás un par de caballos desperdigados. Espere aquí mientras los recojo y hablaremos.

Max aprobó con un gruñido y fue también a recoger su propia montura.

En el momento en que llegaba junto a ella descubrió a un jinete que se acercaba a galope tendido.

Era Martha.

La joven tiró de las bridas y se detuvo junto a él en medio de una nube de polvo.

—De modo que ha conseguido desatarse —murmuró la joven con tono contrariado.

Max se acercó.

—Por lo que veo, usted no ha estado mal del todo. También se ha zafado de Hollister.

—Sí —gruñó Martha—. Pero me he quedado con las ganas de hacerle tragar una bala. No sé qué me pasa que no puedo deshacerme de ninguno de ustedes.

—Es una lástima.

La joven retorció las bridas con energía.

—¡Maldita sea! Yo que esperaba darme el gusto de encontrármelo tieso entre aquel paquete de cuerdas…

Max la miró con un asomo de buen humor en las pupilas.

—Entonces, iba a contemplar mi fin, ¿eh? Creo que empiezo a desilusionarme.

—¿Es que había pensado otra cosa? —Se encrespó la muchacha.

Max sonrió.

—Dígalo de una vez, Martha. ¿Por qué no quiere reconocer que regresaba a echarme una mano?

Martha escupió con rabia y entrecerró los ojos.

—¡Estúpido presuntuoso! ¿Qué se ha figurado? Puede estar seguro de que sólo quería convencerme de que ya estaba listo para

los cuervos.

—De modo que sólo era eso, ¿eh?

—Y a recoger mi rifle. Estoy desarmada. —Martha sonrió con ironía—. ¿Empieza a creerme ahora?

—No.

La joven se revolvió furiosa en la silla y mostró de pronto una sonrisa de sarcasmo.

—Ya sé lo que piensa. Lo menos se había figurado que volvía como una mansa cordera para liberarle y luego caer en sus brazos.

Max dio dos pasos hacia ella.

—Sé que venía por mí, Martha. No tiene nada de malo que lo admita. En cuanto a caer en mis brazos, no había pensado en ello, de momento.

Martha irguió el busto.

—Pues no se haga ilusiones. Lleva tanta mugre encima que no he tenido tiempo de ver si me gusta su cara.

Max meneó la cabeza.

—Es el maldito polvo. Apuesto a que usted tampoco se ha lavado el rostro en una semana.

—¡Sucio gusarapo! —Se enfureció ella—. He usado la mitad del agua de las cantimploras en limpiarme la cara. ¿Es que no lo ve? En fin, sólo quiero decirle una cosa. ¡No vuelva a cruzarse en mi camino!

Max le alargó el arma.

—Aquí tiene su rifle. Pensaba devolvérselo cuando quedara libre de las zarpas de Hollister.

Martha tomó el rifle y sonrió triunfal.

—Ahora se ha delatado usted. Ya me barruntaba que había salido detrás de nosotros para arrebatarme del tipo grillado. Seguramente esperaba que, a cambio, me dejara engatusar por usted.

—¿Qué diablos dice?

—Déjeme acabar. Usted sabía que yo estaba en un apuro con aquel
ojos-idos.
Pensó que no estaría mal mandarlo al otro mundo y llevarme con usted. Por eso nos seguía. Así, de un tiro mataba dos pájaros. Hollister fuera de la lista y yo blanda como la manteca después de

su rasgo.

—Siga.

—Pero se ha caído con todo el equipo. Hollister anda por ahí suelto y yo le he demostrado que sé componérmelas sola. Le ha fallado su plan, trotamundos.

Max le clavó la mirada, en tanto se rascaba la nuca.

—¿Sabe lo que pienso, señorita del desierto?

—No estoy en su cabeza.

—Pues que la chifladura de Hollister es contagiosa, y usted estuvo demasiado tiempo con él.

Martha soltó un escupitajo y movió la palanca del arma.

—¡Repita eso, gato sarnoso!

Alguien empezó a aplaudir en aquel momento, y los dos jóvenes desviaron la atención.

—¡Padre! —exclamó Martha.

El viejo Gilbert se acercó.

—Martha, has tenido esta vez una de tus mejores representaciones. Me acabas de recordar un numerito de la rubia Betty cuando canta, rifle en mano, *Sal de mí vista, buscador de oro, o te perforo el cuenco.*

Martha desmontó y corrió a los brazos de su padre.

Max gruñó y empezó a liar un cigarrillo.

Oyó que decía Martha:

—¿Qué haces cerca de este vivales?

—Acabo de encontrármelo. He estado a punto de matarlo por error.

—Hubieras acertado, padre. Me consta que es uno de los tipos que busca hincarle el diente al botín de Bill *el Tuerto.*

—Estamos en el mismo caso que él. Lo mejor será que se lo cuente todo.

—No te fíes de él. —Martha se separó de su padre—. ¿Dónde tienes los caballos?

El viejo se lo dijo y ella fue a por el suyo para reunirlos.

Max se acercó, mientras contemplaba la marcha de la muchacha.

—Conque usted es Gilbert Murphy. Su hija y yo no hemos congeniado mucho.

Murphy rió por lo bajo.

—Las mujeres son raras, Watson. Cierta vez una pelirroja me

rompió una botella en la cabeza. Así nos conocimos. De aquel botellazo nació Martha —hizo una pausa y agregó en otro tono de voz—: Mi mujer murió cuando estaba yo por el filón en busca de polvo de oro.

—Lo siento —dijo Max, y añadió—: Así que lo suyo era el oro.

Tomaron asiento en las rocas, Y Gilbert sacó una pipa en cuya cazoleta puso casi una onza de tabaco.

—Fui uno de los que marchó con la avalancha de buscadores hacia el oeste del Krappes —encendió un fósforo—. Era un buen filón y la gente se dio prisa. Usted ya sabe lo que son estas cosas. En cuatro días se armó un poblado de casas de madera con un *saloon* y todo. Hasta apareció el correspondiente bandido.

—Bill *el Tuerto*, ¿verdad?

Murphy gruñó asintiendo, mientras encendía la carga y daba cortas chupadas.

—A mí me pasó lo que a muchos. Había estado rascando la tierra bajo el agua durante un par de años y cuando vi que tenía una pequeña fortuna me dio por volver a casa. ¿Sabe, entonces, lo que me pasó?

—Creo adivinarlo.

Murphy soltó una bocanada de grueso humo y escupió hacia una piedra.

—Bill *el Tuerto*, esperaba noche y día en el desfiladero de paso obligado y, en cuanto él y sus compinches veían pasar a un tipo con los burros cargados, le salían por detrás y le quitaban el fruto de sus sudores.

—¿A usted también le limpiaron?

—Y menos mal que conservé el pellejo. Cuando me salieron aquellos hijos de perra en el camino, tumbé a un par de ellos a tiro limpio, pero consiguieron tocarme y caí. Bill estaba ausente aquellos días. Eso me libró. Esperaron a que viniera para ver lo que se hacía conmigo y logré, entretanto, escaparme. Claro está, sin el oro.

Hubo una pausa.

Max contempló la ceniza del cigarrillo.

Gilbert Murphy tosió un par de veces y se despejó los bronquios.

—Poco tiempo después, se organizó una batida por los buscadores que quedaban para acabar con el Tuerto, pero éste ya se

había llenado las alforjas y optó por largarse con la banda. Huyeron a través de las montañas, seguidos de cerca y, de pronto, se les ocurrió dividirse en dos grupos para despistar. Aquí vino lo bueno. Bill iba entre los dos grupos, al frente de una caravana de asnos con el botín. De repente se perdió de vista, y ésta es la hora que nadie haya podido dar con él. Tanto los forajidos como los perseguidores se quedaron con tres palmos de narices.

Se produjo un silencio.

CAPÍTULO VI

Max inhaló el cigarrillo y dejó escapar el humo.

—¿Sospechó usted que el Tuerto volvería al desfiladero?

Gilbert Murphy sonrió.

—Ahí estuvo su jugada. Regresó porque sabía que a nadie se le iba a ocurrir que se escondiera en su propio campo de operaciones. Cuando regresó, el filón estaba agotado y el pueblo sin un alma, y se instaló en él.

—Es extraño que no le diera por la buena vida con la fortuna que tenía en sus manos.

—Para mí que la avaricia le volvió loco y se enterró en estas ruinas para acariciar su tesoro. Menos mal que ese Luke Spadey, el viajero que publicó el artículo en el periódico, nos ha dado una pista.

—Sólo tiene el inconveniente de que la gente se ha dirigido hacia allá como si se hubiera descubierto otro filón. —Max hizo una pausa y explicó a Murphy su encuentro con Kid Baney y Hugh Hollister.

Murphy escuchó con el resuello cortado.

—¡Que me emplumen! —exclamó al fin—. ¡Ese Hugh Hollister iba al frente de uno de los grupos de Bill *el Tuerto*!

—Ya me suponía que debía de pertenecer a la banda —dijo Max.

Martha se aproximó en aquel momento.

—También tengo mis noticias. Hugh Hollister se encontró con dos tipos de mala cara, llamados Alwyn y Jim. Uno es enorme y el otro parece un conejo.

—¡Maldita sea! —interrumpió Murphy—. ¿Es que se va a reunir otra vez toda la banda?

Max lanzó el resto del cigarrillo.

—Tengo referencias de Alwyn Purtell y Jim Criggs. Kid Baney andaba en contacto con ellos para ver si les sacaba alguna pista.

Martha alzó la barbilla a Max y se dirigió a su padre.

—Cómo te digo. Hollister se entrevistó con esos dos. Alwyn dijo que se había encargado de un tal Sam Quimby.

La joven refirió brevemente la conversación mantenida entre Hollister y los dos sujetos, así como la paliza de Jim.

Murphy estaba atónito.

—Toda esa gente es de la banda de Bill *el Tuerto*. Se ve que Hugh y los otros dos van unidos, aunque me da en la nariz que acabarán matándose.

—¿Qué me dice del difunto Quimby y de los otros dos que vio Jim? —se interesó Max.

Gilbert requirió la cantimplora y dio primero un largo trago.

—Si se refiere a Bowen y a Niesley, creo que estos dos van cada uno por su parte. En resumen, Watson: tanto ésos, como Hugh y sus dos congéneres han sido gente al servicio de Bill. No me gusta cómo se pone esto. Me parece difícil que me haga con el oro.

Max examinó al viejo y éste prosiguió:

Espero que entienda, Watson —sacudió la cabeza—. Yo no quiero el botín de Bill, sólo deseo recuperar la parte que me robó. Con ese capital podríamos ampliar nuestro pequeño rancho en Texas y asegurarnos el porvenir. Sería la única manera de resarcirme de las penalidades que pasé rascando el lecho del Krappes y del robo tan puerco que me hicieron.

—Comprendo —murmuró Max.

El padre de Martha se alisó las guías del bigote.

—No sé cómo me juzgará, Watson, pero yo llegaría a un acuerdo con esa gentuza con tal de que me devolvieran mi parte.

Max cabeceó aprobatorio.

—Le entiendo perfectamente, Murphy. Yo también estaba dispuesto a pactar con Kid Baney y salir a medias en el negocio. Pero optó por el plomo. Baney creía que su relación con los supervivientes de la banda de Bill le daba derecho a la totalidad del tesoro y no lo quiso compartir con nadie.

—Oí hablar de la Rata del Desierto —comentó Murphy—. Era de los que hubieran vendido a su padre por una pepita de oro.

Murphy se vio acometido por un nuevo golpe de tos y luego

preguntó:

—¿Cómo se introdujo usted en este asunto de Bill *el Tuerto*?

Watson sacudió, pensativo, una mancha de polvo en el pantalón.

—Después de tantos interesados casi me considero un advenedizo. Me llamó la atención la cacareada historia y la cuantía del botín. Nunca llegué a darle el crédito que merecía. Sólo al publicarse el artículo de Luke Spadey en el que hablaba de un misterioso tuerto en el lugar de marras, me tomé en serio toda la información que recogí de boca en boca.

Martha dejó de cepillar el pelaje del caballo, dio un gruñido de desdén y dijo para sí, en voz alta:

—Lo que yo decía. Un muerto de hambre en persecución de la fortuna.

Max desvió la mirada hacia ella y, finalmente, optó por depositarla de nuevo en Gilbert.

—Lo primero que hice fue encaminarme hacia ese Luke Spadey. Decían que estaba en Culver City poniendo fin a una serie de artículos reunidos bajo el título común: *Mis trotes por apartados pueblos del Oeste*. Pero no pude verlo. Apenas llegué, me dijeron que había regresado a la capital, dando punto final a su expedición. Estuve tentado de seguirlo hasta allí para obtener una ampliación verbal de su artículo sobre el Tuerto; pero decidí no perder más tiempo y me lancé al desierto.

Gilbert entornó los ojos para esquivar la humareda de la pipa.

—Tenía miedo de que se le anticiparan, ¿eh?

—Me enteré por el *sheriff* de Los Prados que Kid Baney llevaba ya una jornada de camino.

Gilbert apuntó el pecho de Watson con la boquilla de la pipa.

—Yo tuve un poco más de suerte que usted —dijo—. Conseguí hablar con Spadey.

Max lo miró con fijeza.

—¿Pudo sacarle algo que valiera la pena?

Gilbert negó con un gesto.

—Lo que me dijo no valía ni una punta de cuerno. Pero me dio la impresión de que sabía mucho más de lo que había escrito.

—No fue muy locuaz, ¿eh?

La boca de Murphy se curvó al lanzar un salivazo.

—Demasiado. Lo encontré borracho como una cuba. Acababa de

salir de un banquete en la casa del senador Adams. En cuanto yo le hacía una pregunta se iba por las ramas. Yo no sé qué clase de porquería será eso que llaman champaña. Pero lo cierto es que, por el estado de Spadey, saqué la conclusión de que esa bebida vuela tanto la cabeza, que los recuerdos se mezclan con tonterías. Me habló de que no me acercara al escondrijo del hombre tuerto si no era a plena luz del día y con los brazos en alto. A él le voló, al primer intento de visita, su sombrero recién estrenado.

—¿Qué más le dijo?

—No vio más que al extraño habitante. Pero el sujeto le advirtió que se limitara a contar los apuntes que tomaba ante él, o, algún día, sabría lo que es un guisado de balas.

—¿Pudo obtener algo más?

—El resto fueron memeces que ya he olvidado. Decidí abandonarlo, pues ya me cansaba.

—¿Por qué, Murphy?

—Mientras me refería al asunto, tenía que sostenerlo contra la pared para que no se derrumbara en el suelo a dormir la borrachera.

Martha golpeó con la bota un guijarro, y aseguró en tono de reproche:

—Ya te dije que era perder el tiempo. Si me hubieras hecho caso, habríamos aprovechado en ganar terreno las dos jornadas que empleaste en dar con Spadey.

Gilbert sonrió sacudiendo la cabeza. Levantó las cejas hacia Max.

—Martha y yo tuvimos un pequeño lío de familia. Ella se empeñaba en partir de inmediato y yo, en cambio, tenía la idea en la mollera de sonsacarle algo a Spadey.

—Adivino lo que pasó. —Dijo Max, lanzando una significativa mirada a la atareada muchacha.

—Seguro que acierta —gruñó Gilbert y también contempló a su hija—. Ni Martha ni yo dimos el brazo a torcer. Cada uno salió por su lado.

—¿Quedaron citados en algún punto del desierto?

—En el manantial del Galápago. Cómo ve, me he dado prisa en seguir a mí hija. No me gustaba la idea de que anduviera sola por estos lugares.

—Debiste de venir conmigo, padre —dijo Martha suspicaz—. Entre los dos habría sido más fácil plantarle cara a más de cuatro facinerosos.

Max encogió los hombros.

—¿Cuándo piensa reanudar el viaje, Murphy?

El aludido vació las cenizas de la cazoleta contra una piedra y se incorporó.

—Ahora mismo, Watson. Cuando pienso que hay gente de cuidado que nos lleva buena delantera me dan convulsiones.

—Les daremos alcance —aseguró Max y se puso en pie.

El entrecejo de Gilbert formó profundas arrugas.

—Ese encuentro es lo que me preocupa ahora —levantó las entrecanas cejas—. ¿Ha imaginado el momento en que nos reunamos todos los que vamos a la zaga del botín?

Max se frotó el mentón con el revés de la mano.

—Es lo único que me danza ahora por el pensamiento. Los encuentros que he sostenido con quienes acuden al filón me dan una idea bastante clara de lo que pasará.

—Puede estar seguro de que el infierno estallará cuando entremos en contacto. Ahora que sé que los expedicionarios son casi en su totalidad restos de la banda de Bill *el Tuerto*, me parece oír ya silbidos de bala alrededor de mis orejas.

Martha puso los brazos en jarras y carraspeó, antes de decir:

—Y con seguridad que el señor Watson será uno de los que nos mande su parte de plomo.

Max se volvió.

—Hasta ahora la gente me ha ganado la mano en sacar a relucir las armas.

—No se haga el mártir. Yo lo he calado hasta el fondo. Usted es de los que esperan a que el enemigo vuelva el espinazo para partírselo en dos.

Gilbert intervino:

—No haga caso, Watson. Por suerte, Martha y yo siempre discrepamos. Le voy a ser sincero. Desde que le vi, supe que era usted un buen tipo.

—No se ha perdido todo —dijo Max.

—Y para que se convenza de mí opinión voy a proponerle lo que vengo pensando desde hace rato.

—¿Qué es, Murphy?

El viejo despejó las cuerdas vocales:

—¿Por qué no realizamos este viaje juntos?

Max fue a responder, pero se abstuvo.

Martha se acercó a grandes pasos y se plantó frente a su padre.

—¿Quieres decirme cómo se te ocurrió esa condenada idea?

—No tiene nada de mala, hija.

La joven lanzó una agria ojeada a Max.

—¿No, eh? —Hizo una mueca—. Apenas conoces a este individuo y ya le propones que se convierta en nuestra sombra.

—Nos podemos ayudar mutuamente. La unión hace la fuerza. Ha sido siempre mi lema.

—Nosotros dos nos bastamos para hacer frente a quien sea. Y te diré algo más. Todo me iba perfectamente hasta que me tope con este tipo. Me distrajo y entonces nos sorprendió Hollister, el chiflado. Me las vi muy negras para salir de sus garras y todo por este hombre. ¿Sabes lo que pienso, padre?

—Hace años que renuncié a ello.

—Pues que este sujeto es de los que le dan la negra a cualquiera. —Martha aspiró aire profundamente—. Además, me choca mucho que no pueda sacudírmelo de encima… Allá donde voy me lo encuentro. No me vendría de nuevo que se llevara algo entre manos.

Max frunció el ceño.

—¿Quiere aclarar eso, Martha?

Ella se volvió rápida.

—No estoy hablando con usted. Pero, ya que se mete en lo que no le incumbe, se lo diré de modo rotundo. Me huelo que usted espera el momento oportuno para liquidarnos a mí padre y a mí.

Max hizo un respingo y miró a Gilbert.

—Oiga, Murphy. ¿Su hija tuvo algún ataque a la cabeza cuando era pequeña?

Ella abrió la boca y apretó los puños con furia.

—¿Qué está diciendo, andrajoso? ¿Es que tiene ganas de que lo deje tendido a medio camino?

Gilbert movió las manos en gesto apaciguador y gruñó, por un lado de la boca:

—¿Por qué no dejan de discutir de una vez? Todavía no había

acabado de hacerle mi proposición a Watson.

—¿Es que hay más? —gritó ella.

—Sólo decirle a Watson que si le parece bien que hagamos dos partes con el oro. Una para él y otra para nosotros.

—¡Ni lo pienses! —exclamó Martha—. Si me acerco a ese oro a balazo limpio no quiero compartirlo con nadie. La totalidad del botín será el pago a las penalidades que pasaste cuanto te robaron.

—Nos ha salido codiciosa la chica, ¿eh? —dijo Max.

Martha se cruzó de brazos y alzó la barbilla.

—Hay cosas que desea una mujer y que no caben en el estrecho pensamiento de usted. Una gran mansión en el Este con un regimiento de criados y una docena de carricoches para exhibir los trajes de seda. Alternar con la gente de alcurnia, que es la que tiene educación y buenos modales. En cambio me imagino para qué quiere usted el oro. Se daría prisa en montar para usted sólo un establo de rubias de *saloon* rodeado de toneles de *whisky*. No se puede esperar otra cosa de un tipo de su especie.

—Cada uno tiene sus aficiones —observó Gilbert—. Si conseguimos el oro del Tuerto, le aseguró que habrá bastante para todos.

—¡No quiero formar sociedad con nadie! —gritó Martha.

—Pues yo estoy decidido a colaborar con Watson si él quiere.

La muchacha entrecerró los ojos.

—Debí cuidarme de que no te llevaras media docena de cantimploras de *whisky*. Hay dos vacías y eso es lo que te hace confiar en el primero que se presenta.

—Sé que Watson no nos defraudará. Conozco a la gente de una sola ojeada.

Ella hizo un mohín mirando a Max de reojo.

—Yo también tengo suficiente con un vistazo, padre —gruñó—. Eres demasiado cándido. ¿Qué sabes, en realidad, de Watson? Lo que él ha querido contarte. No sabemos de dónde viene, ni quién es. No me extrañaría que resulte también uno de la banda. Gilbert pegó una patada en el suelo.

—¡Por mil pares de búfalos! Quiero que venga Watson y vendrá. Si no te parece bien, puedes regresar a casa. Ya te he dicho varias veces que me disgusta mezclarte en este embrollo y me parecerá una ocasión magnífica si la presencia de Watson te obliga a

regresar. En el fondo lo estoy deseando.

—Conque estás decidido, ¿eh?

Gilbert empezó a separarse de los dos jóvenes.

—Tanto es así que voy a preparar las cosas para largarnos enseguida. Te doy unos minutos para que tomes una decisión.

El viejo se alejó.

Max y Martha se miraron de frente.

—Ha conseguido lo que se proponía… ¿eh, tipo listo?

—Usted sabe que no tenía esa intención. Su padre me ha hecho la oferta y me parece buena.

Ella sonrió con sarcasmo.

—Es usted un sujeto que se gana la simpatía. Con un rato de cháchara ha logrado engatusar al viejo.

Max hizo un gesto de fatiga.

—¿Por qué desea complicar siempre las cosas?

—Ya veo que no le gustan las verdades. Prefiere hacerse el tonto y salirse con la suya.

—Muy bien, siga —se armó Max de paciencia.

—Será mejor que le diga mi opinión respecto a su plan. Eso demostrará que no me chupo el dedo.

—Soy todo oídos.

La joven sonrió con ironía.

—Usted ha olido que esta empresa tiene sus dificultades. Sabe que hay gente dispuesta a matar con tal de acercarse a las alforjas de Bill. Y son tipos que conocen el uso de las armas. Las noticias que le he traído acerca de Hollister y de sus dos socios y la mención de Bowen y Niesley rondando por otro lado, le han hecho pensar que hay demasiados revólveres para un lobo solitario como usted. La proposición de mí padre le ha caído del cielo. Le ha parecido muy bien que unamos las armas y tiremos adelante tumbando al que se interponga en el camino. El resto es fácil de adivinar. En cuanto le hayamos sacado las castañas del fuego y el oro pase a nuestras manos, entonces usted se las compondrá para darnos el esquinazo.

Max sonrió.

—Casi me ha abierto los ojos. ¿Sabe que no se me había ocurrido un plan tan excelente?

—¡El infierno no se le ocurrirá a usted, Watson! Pero le advierto

una cosa: se equivoca de medio a medio si cree que va a salirse con la suya. Seguiré con ustedes porque no me queda otra alternativa, pero vigilaré cada uno de sus movimientos con el ojo de mí rifle.

—Acepto.

—Y en cuanto observe alguna jugarreta, no le daré ni tiempo de arrepentirse. Y a está avisado.

Martha viró en redondo y salió al encuentro de su padre, que conducía a las monturas listas para la partida.

—Muy bien —rezongó—, te empeñas en que venga ese buitre de cara fea, pero no vengas con lamentaciones si en un descuido nos da un susto.

Gilbert suspiró.

—Por fin. Alguna vez tenía que salirme con la mía. ¿No te parece? —Y se acercó a Max.

Se rascó el cogote.

—¿Cree que le daremos pronto alcance a Hollister?

Max dejó perder la mirada en las sombras.

—Tengo mis conclusiones respecto a eso.

—Le escucho, Watson.

El joven carraspeó.

—Por ahora sabemos que Hugh y sus dos acompañantes forman el único grupo digno de cuidado. Esos dos hombres errantes, Bowen y Niesley, que vio el golpeado Jim, no parecen tan temibles. Lo normal es que Hollister y sus dos compañeros estén seguros de que será de ellos el bocado. Esto les hará confiarse y no tomar la carrera muy a pecho.

—Si salimos ahora verá cómo los pasamos y llegamos antes que ellos.

—Estamos de acuerdo —cabeceó Max.

—Lo peor es que no podremos descansar más que un par de horas y nuestras fuerzas estarán algo mermadas en el momento duro.

—Sí, nadie puede prever lo que ocurrirá al llegar al término del viaje.

Gilbert se empujó el sombrero hacia las cejas…

—¿Dónde piensa que durmamos esas dos horas?

—El Manantial del Galápago que citó usted me parece un buen lugar. Necesitamos aprovisionarnos de agua y dar de beber a los

animales.

Gilbert se volvió hacia su hija:

—En marcha, Martha.

Cada cual montó en su caballo.

Los dos hombres emprendieron el camino y la joven les siguió a corta distancia.

Poco después se perdían en las sombras de la noche.

CAPÍTULO VII

Max Watson se despertó y vio las primeras luces del amanecer.

Se incorporó poco a poco sobre la manta y los huesos le protestaron con agudos pinchazos.

Gilbert dormía fuera de su manta, con la cara contra el suelo. Cada ronquido levantaba una pequeña nube de polvo. Empuñaba una cantimplora vacía.

Max hizo una mueca, se frotó los ojos y trasladó la mirada hacia una roca medio oculta por un sauce. Martha debía de estar allí. Le había tocado el último tumo de vigilancia. Él había decidido establecer guardias para evitar una sorpresa por parte de Hugh y los otros, que andaban cerca de aquellos parajes.

Se encaminó hacia el sauce, y al llegar allí soltó una exclamación de asombro.

Martha no estaba.

Paseó la mirada por los alrededores, pero no vio ni rastro de la joven. Llamó un par de veces y no obtuvo respuesta.

Empezó a alarmarse. Hugh Hollister fue la primera cosa que le vino al pensamiento. Aquel loco era capaz de volver grupas para conseguir a la chica. Se juró que, si el tipo la había sorprendido, raptándola de nuevo, le arrancaría la piel a la primera ocasión y le sacaría de un balazo el ojo extraviado.

Se humedeció los labios y empezó a recorrer con detenimiento el conjunto de rocas que se extendía a unos cien metros.

Se detuvo en un punto alto, sobre un bloque de granito. El agua del manantial surgía ruidosa y formaba una balsa.

De pronto oyó un grito y volvió la espalda, descendiendo.

Casi al mismo tiempo una piedra surcó el aire y le pegó en medio de la espalda.

Unos minutos después aparecía Martha con el rostro contraído por la rabia y con una gruesa piedra en la mano. Tenía el cabello mojado y se abrochaba el último botón de la camisa.

—¡Maldito bribón…! ¡Pelagatos…! ¡Ojos de rana…! Conque todavía se quedaba ahí, ¿eh?

Max se volvió con el gesto hosco.

—¿Qué quiere? ¿Qué me eche de cabeza abajo? Acabe su baño y déjeme en paz.

Martha se aproximó escupiendo una retahíla de maldiciones.

—De modo que se dedica a espiarme —se plantó con los brazos en jarra—. No sé cómo me contengo y no le…

—Un momento, —cortó Max—. ¿Qué demonios le pasa que siempre tiene que pensar lo peor?

Ella dio un respingo.

—¿Cómo? ¿Va a negar que me espiaba como la serpiente al pájaro? ¡Si no podía aparrar la vista!

—¿Quién no podía? —gritó Max a su vez.

—¡Usted! ¡He visto su sucia cara cuando me frotaba la rodilla! ¡Se le salían los ojos de las órbitas…! ¡Ande, niéguelo y le sacudo este pedrusco en plena calabaza!

Max hizo un gesto de impaciencia con los labios apretados.

—Le aseguro que apenas he visto nada.

Martha abrió la boca de par en par y luego la cerró con furia.

—¡Menudo caradura! ¡Y tiene la desfachatez de decirlo tan tranquilo y quedarse ahí plantado! Así que ha visto algo, ¿eh?

Max tosió.

—Sólo la curva del hombro.

—¡Maldito sinvergüenza! ¡Ahora es cuando veo claro! Se dio cuenta de que me venía hacia aquí y me siguió con el mismo sigilo cae un punta… ¡Déjeme acabar…! Sí; se imaginó a lo que venía y se le marchó el sueño de repente… ¡Y yo que pensaba que dormía a pierna suelta! Ya es usted un buen punto. Sabe disimular cuando le conviene —ella se detuvo para tomar aliento.

Max escupió hacia la izquierda.

—¿Ha terminado ya?

—Cuando esta piedra pegue en su testuz pondré punto final.

—Muy bien. ¿Por qué no deja antes que me explique un poco?

Ella torció la boca en una sonrisa de ironía.

—Adelante. Estoy preparada a toda hora para escuchar sus puercas mentiras.

—Tómelo como quiera —apuntó Max con el dedo—. Pero la verdad es que si no hubiese abandonado la vigilancia antes de ser relevada no habría ocurrido nada.

—Va a salirme por ahí, ¿eh?

—Debió de avisar que se largaba y no dejarnos a su padre y a mí expuestos a que nos liquidara Hollister o cualquier otro.

—Le tocaba a usted revelarme. Quedamos en que, al amanecer, ocuparía mi puesto. ¿Es que no se acuerda?

—¿Y por qué no me ha despertado?

—¡Le he dado puntapiés, pero que si quieres! ¡Ha seguido durmiendo como una marmota!

Max resolló con fuerza.

—Vi que no estaba en su lugar y me dio un gran susto. Hemos de andar más de acuerdo si no queremos tener un percance. ¿No se ha dado cuenta de que Hollister debe de estar a un par de millas?

La joven echó hacia atrás la cabeza y sonrió triunfal.

—Ahora caigo. Temía que Hugh me hubiese raptado de nuevo. No lo disimule.

Max se mordisqueó el labio inferior.

—Algo de eso —gruñó.

En el rostro de la joven se desvaneció toda muestra de mal humor.

—Eso escocía, ¿eh? Ya me he dado cuenta de que le gusto. Se le ve a usted en la mirada.

Max la midió de arriba abajo.

—No está mal del todo.

—Y hasta le creo enamorado —prosiguió Martha—. ¡Cierre el pico! Déjeme desilusionarle. Ha de saber que estoy locamente enamorada de Hugh.

—¿Qué diablos dice?

—Ha conquistado mi corazón. No me deja dormir su apuesta imagen.

—Sí, ¿eh?

—Ese ojo errante me ha vuelto loca.

—¡Maldición! —exclamó Max—. ¡Qué sarta de estupideces está diciendo! ¡No debió tomar el agua tan fría!

Martha lo miró irónica.

—Está celoso, ¿eh?

—Me tiene sin cuidado su amor a Hollister y por mí puede escaparse con él o con cincuenta chiflados de ojos saltones y tener una recua de críos por familia. Entérese. No es mi tipo.

—Conque no, ¿eh?

—Recuerde que le vi la curva del hombro. Me he convencido.

Martha hizo una mueca.

—¿Qué le pasa a mí hombro?

Max meneó la cabeza.

—Es puntiagudo.

Las pupilas de Martha relampaguearon.

—¡Estúpido lobo lleno de garrapatas! ¿Quién tiene el hombro puntiagudo?

Max alzó la mirada.

—Usted. Lo vi muy bien. Debo de confesarlo. Tiene una arista de miedo.

Ella boqueó varias veces al atropellarse las palabras en sus labios.

—¡Repita eso y verá!

Se aproximó a Max con la piedra en posición de ser lanzada.

Max dio un salto hacia atrás y ella le persiguió.

El joven quedó acorralado junto a un paredón natural y de pronto gritó:

—¡Cuidado, Martha! A sus pies… ¡Un nido de escorpiones!

La chica lanzó una hueca carcajada.

—No me tomará el pelo.

Max se lanzó contra ella, al tiempo que la piedra le rozaba el cabello.

Los dos jóvenes rodaron por entre las peñas y Max, sin dejarla, la obligó a levantar el rostro.

—¡Mire! —Y señaló el nido de escorpiones.

Martha lanzó un grito al ver las alimañas y pensar en el peligro que había corrido.

Se miraron a los ojos y ninguno de los dos se movió. Así permanecieron un momento. Poco a poco, Max fue acercando su boca a la de ella; pero, de pronto, a lo lejos, sonó la voz de Gilbert.

Max se incorporó y ayudó a Martha a hacerlo también.

Sin decir palabra se encaminaron hacia donde esperaba Gilbert. Poco después partían hacia el reino de Bill *el Tuerto*.

CAPÍTULO VIII

Los tres jinetes llegaron a la orilla del río Krappes. Con ello terminaba la travesía del desierto.

Desmontaron de las sillas y, andando a trompicones, corriendo, cayendo y levantándose se tendieron en la orilla, sumergiendo la cabeza en la corriente.

Hollister se incorporó unas pulgadas y echó agua con las manos sobre el pecho. Rió como un extraviado.

—Esto es bueno, muchachos.

Alwyn soltó también una carcajada.

—Ahora empieza nuestra buena suerte. Tenemos agua y pronto echaremos mano al oro.

Jim levantó su cara, maltrecha, y su nariz rota, que estaba cubierta por un pañuelo anudado a la nuca, empezó de nuevo a echar sangre. Se puso a lloriquear.

—¡Me estoy desangrando como una res! —murmuró.

Sus dos compañeros lo miraron haciendo una mueca.

—¿Qué eres? ¿Un hombre o una mujer?

—Te digo que me estoy desangrando, Hollister —repitió Jim—. Y ahora no quiero morir.

—¿Quién habla de morir?

—Cada vez me encuentro más débil. Me pegasteis demasiado fuerte y no teníais ningún derecho a hacerlo. Siempre he sido un buen amigo.

Hollister le palmeó la mojada espalda.

—Claro que sí, Jim. Tú eres un gran amigo y Alwyn y yo te queremos mucho —volvió la cara hacia Alwyn y le guiñó el ojo sano.

Hugh se incorporó y fue detrás de Jim.

—Anda, trataré más fuerte el pañuelo.

Jim fue a moverse pero Hollister lo tomó por un brazo y lo mantuvo de rodillas, junto al agua.

Alwyn se arrodilló también por detrás y puso sus fuertes manos sobre los hombros de Jim.

Hollister y Alwyn cambiaron una mirada.

Jim dijo con voz un poco temblorosa:

—Cumplí con mi palabra, os he traído hasta aquí. Nunca habríais llegado sin mi ayuda. Hay ciertos hombres para quienes resulta imposible localizar un lugar, aunque hayan estado en él antes. Es lo que os pasaba a vosotros.

—Claro que sí, Jim —asintió Hollister—. Siempre fuiste el guía de la banda. Te has portado como los buenos. Alwyn y yo sabíamos que nos traerías.

—Anda, aprieta el pañuelo, Alwyn.

—Ahora mismo —dijo Alwyn, y sacó el revólver de la funda que gravitaba junto a su cadera derecha.

Hollister empezó a silbar una canción.

Alwyn levantó el revólver una pulgada, apuntando a la nuca de Jim.

Pero este previo que algo malo iba a pasar y volvió la cara.

Pareció por un momento que sus ojos se iban a salir de las órbitas.

—¡No! —gritó, y dando un tirón se soltó de la mano de Hollister.

Se metió en el río con las manos muy separadas del cuerpo y en el rostro una mueca de indescriptible terror.

Hollister dijo:

—Pareces un bandido con ese pañuelo en la cara, Jim.

—Soy vuestro amigo —repitió Jim, titubeante—. Desde que Bill nos dejó he sido un perro para vosotros, ¿eh, Alwyn?

—Sí, muchacho. Has sido como un perro. Pero a veces los perros se tornan rabiosos y hay que acabar con ellos.

Hollister empezó a reír.

—¿Eres tú algún perro rabioso, Jim? —preguntó.

—No, no lo soy. Vosotros podéis ordenarme lo que queráis. Has sacado ese revólver para asustarme, ¿verdad, Alwyn…? Siempre has hecho lo mismo, te divierte meterme miedo.

Hubo un largo silencio.

—¿Qué os pasa? —dijo Jim, cada vez más nervioso—. ¿Por qué no me habláis…? Guarda ya ese revólver, Alwyn… ¡Por lo que más quieras! ¡Guárdalo!

Hollister encanutó los labios y continuó silbando la misma canción que antes.

El rostro de Alwyn era una máscara inexpresiva, pero sus ojos estaban fijos en la cara magullada cubierta por el pañuelo rojizo.

—Quisiste engañarnos —dijo Alwyn—. Fue una buena idea, Jim. Te llegaste al poblado tú solo, y cuando te encontraste con que te recibían a tiros, te diste cuenta de que por tus propios medios no podías conseguir nada. Entonces echaste marcha atrás, por eso acudiste allí. Eres un bicho y con los bichos hay que acabar pronto. Ahora has terminado tu misión y sufres mucho con tu nariz rota… Tú mismo lo has dicho, te estás desangrando. No podemos esperar a que mueras. Sería un tormento para ti. ¿Qué es lo que hacemos con un caballo cuando se rompe una pata? Le pegamos un tiro en la cabeza, ¿verdad, Jim?

—¡Yo no soy un caballo, Alwyn…! Y referente a la nariz, podré resistirlo. En cuanto tenga el oro, me largaré en busca de un médico. Mientras tanto, contendré la hemorragia.

—No te podrás poner una nariz nueva —dijo Hollister, dejando de silbar—. Estás perdido, muchacho. Alwyn tiene razón. Debemos hacerte el favor de matarte.

—¡No! ¡No quiero me hagáis ese favor! ¡Deseo seguir viviendo…! ¡Quiero ver ese oro lo mismo que vosotros…! Nos costó mucho trabajo reunirlo… ¡Tengo derecho a mí parte!

Sobrevino un silencio. Luego, Hollister hizo una señal a Alwyn, y éste murmuró:

—Tu apelación ha sido rechazada, Jim.

Jim hizo una mueca, su ceño se arrugó y sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas.

—¡No lo hagas…! ¡Os digo que no!

Empezó a retroceder rió adentro y el agua ascendió por sus piernas.

—¡No lo haréis…! ¡Tengo derecho a mí parte de oro…! ¡Tengo derecho…!

Alwyn apretó el gatillo y sonó un estampido.

El proyectil se incrustó en el pecho de Jim, quien se detuvo un instante y, de pronto, abrió la boca para decir algo, pero le faltó fuerzas para ello y se desplomó en el agua. Flotó unos instantes como un pelele corriente abajo, hacia los rabiones que se iniciaban a unas cuantas yardas, y luego emprendió una larga carrera hundiéndose y volviendo a aparecer hasta que finalmente no se le vio más.

Alwyn mojó el dedo índice de la mano izquierda en su boca y aplicó la yema en el humeante cañón de su revólver. Inmediatamente lo enfundó.

—Bien —dijo sonriente—. Ya tenemos otra parte.

Hollister se rascó la mojada pelambrera y miró hacia la dirección que habían traído.

—Ésos no deben de estar muy lejos.

—¿Quiénes?

—Ese Max Watson y la chica… ¡Maldita sea! Empecé a disparar contra ella demasiado tarde y se escapó… Está claro que fue en busca de ese fulano.

—Bueno, ¿y qué? Solamente son un hombre y una mujer.

—Ese tipo tiene agallas. Realmente, es el único desconocido que está metido en esto. Todos los demás, de uno u otro modo, nos relacionamos con Bill o su botín, pero él no tiene nada que ver… Se ha metido en el negocio por su cuenta.

—Le haremos arrepentirse de su decisión.

Hollister se mantuvo pensativo y dijo:

—Tenemos una alternativa.

—¿Cuál?

—O esperamos aquí para cargárnoslos, y de esa forma cubrimos nuestras espaldas, o nos vamos directamente al poblada.

Alwyn miró hacia la otra orilla, a la que tenían que pasar para dirigirse al lugar en que se encontraba el tesoro de Bill *el Tuerto*.

—Creo que será mejor que nos quedemos. Liquidaremos a esos muchachos en un santiamén y luego iremos tranquilamente al poblado.

—¿Y Niesley y Bowen? Pueden llegar antes que nosotros —sugirió Hollister.

—¿Es que no recuerdas lo que dijo Jim? A esos tipos les pasaba como a nosotros. Están completamente despistados. ¿Qué interés

tenía Jim en engañarnos? Nosotros hemos venido en línea recta. Este Jim era un tipo bueno para llegar a un sitio. Puedes estar seguro de que les llevamos dos o tres días de delantera como mínimo. Podemos descansar.

—Está bien —asintió Hollister—. De paso, echaremos un sueñecito turnándonos en la guardia.

—Duerme tú primero —dijo Alwyn.

Se acercaron a los caballos, donde había un fresco césped, y Hollister se tendió apoyando la cabeza en los brazos.

Alwyn se sentó un poco más arriba, desde donde podía divisar el horizonte, y sacó el revólver manteniéndolo cerca de su mano.

Transcurrieron dos horas. El sol caminaba hacia su ocaso.

De pronto Alwyn descubrió dos puntos en el horizonte y alargó la mano llamando a Hollister.

—Eh, Hugh, despierta.

Hollister se levantó sobresaltado.

—¿Qué pasa?

—Ya los tenemos aquí —anunció Alwyn señalando hacia el lugar donde habían aparecido las dos figuras.

Hollister puso los brazos enjarras y se echó a reír.

—Escondámonos y dejémosles llegar. No dispararemos hasta tenerlos cerca. Quiero ver la cara de sorpresa de la muchacha.

—Bueno —murmuró Alwyn—. Si es un capricho…

Esperaron treinta minutos, vigilando atentamente a los jinetes que se acercaban.

De pronto, Hollister exclamó:

—¡Que me emplumen si lo entiendo! A ese Max le han salido demasiadas canas.

—¿Qué es lo que dices?

—Está tan claro como el agua. La chica no viene acompañada por Max, sino por un viejo.

—¡Infiernos! La ruta del desierto se está convirtiendo en la calle mayor de Kansas City.

Hollister se mordió el labio inferior.

—Me gusta un rato la chica.

—Te guste o no, la vamos a liquidar —sentenció Alwyn.

—No tan deprisa, muchacho. Ella sola no nos puede hacer ningún daño.

—La quieres para ti, ¿eh?

—¿Qué mal hay en ello? Soy un hombre de carne y hueso y la chica tiene lo suyo.

—¡Maldita sea! Ella huyó de tu lado… Te desprecia, Hollister. ¿Es que no te has visto la cara? —Alwyn soltó una risita—. Con esos ojos no puedes gustar a ninguna mujer.

Hugh enseñó los dientes, respirando entre jadeos, como si fuera a dar una dentellada.

—¡Condenado hijo de perra!

—Vamos, Hugh —dijo Alwyn, conciliador—. No pretendía herir tu sensibilidad. Sólo he querido indicarte que esa chica no te crearía más que dificultades.

—Sólo lo hará durante algún tiempo. Hasta que me convierta en millonario. El oro siempre ha hecho milagros. ¿Dónde va a encontrar ella un tipo con pasta? ¿Es que no te has fijado en su ropa? Apuesto a que no tiene ni medio dólar para pagar los botones de un vestido nuevo. Sé cómo son las mujeres. En cuanto le ponga delante un cubo lleno de oro, jurará que soy el tipo más agraciado de California.

—Está bien —dijo Alwyn—, pero recuérdalo, no quiero saber nada de ella mientras estemos juntos. Arréglate como puedas, y si la sorprendo con un revólver a punto de disparar sobre tu cabeza, te juro que la dejaré que apriete el gatillo aunque luego sea yo quien la ultime.

—De acuerdo.

Observaron otra vez a los viajeros que se acercaban. Estaban a menos de treinta yardas.

Alwyn se humedeció otra vez el dedo índice y lo posó sobre el cañón de su revólver, mientras decía:

—Me cargaré al viejo.

—Dispara ya.

Alwyn tomó puntería. Hollister observó atentamente la marcha de los dos jinetes.

De pronto, sonó un estampido.

Alwyn lanzó un grito y se llevó la mano libre al costado derecho.

Hollister volvió la cabeza como un relámpago y vio a lo lejos, a la orilla del río, a Max Watson.

Soltó una maldición.

—¡Ríndase, Hollister! —gritó Max, agachado detrás de una pulida roca.

Alwyn se volvió hacia Hollister y en su boca apareció una espuma rosada, mientras decía:

—Hugh, me han herido.

Pero Hollister no se ocupaba de él. Miró hacia los caballos. Estaban a unas dos yardas. Se le ocurrió una idea que empezó a poner en práctica.

—Vamos, Alwyn. Ponte en pie. Yo te ayudaré.

—No puedo, Hollister.

—Claro que sí. Vamos, muchacho.

Le ayudó a levantarse, pero lo colocó de forma que le sirviese de escudo frente a los disparos de Max Watson.

—¿Qué haces, Hollister? —preguntó Alwyn.

Hugh lo apretó contra sí, furiosamente, rodeándole la cintura, y empezó a hacer fuego contra Max.

—¡No hagas eso, Hollister! —gritó Alwyn—. ¡Me va a matar!

Max replicó haciendo fuego dos veces. La primera bala se perdió, pero la segunda encontró un blanco, el hombro de Alwyn, que en ese momento había dado un salto hacia arriba para desembarazarse de Hollister.

Lanzó un grito de dolor y comenzó a arrugarse.

Hollister se dio cuenta de que Alwyn no le servía de nada y lo dejó libre, pero ya había llegado a los caballos y montó en la silla espoleando al animal, que salió disparado como una flecha.

Max se puso en pie y disparó otras dos veces sobre el fugitivo; sin embargo, éste conocía unas cuantas tretas y se descolgó instantáneamente de la cabalgadura para burlar las balas. Poco después, desaparecía por la curva del río.

Max se acercó al cuerpo de Alwyn, que estaba boca abajo, y le dio la vuelta con la punta de la bota.

Tenía los ojos abiertos, pero su mirada se había tornado vidriosa.

Los Murphy, padre e hija, aparecieron revólver en mano.

Ambos contemplaron la escena y Gilbert soltó un salivazo.

—Es usted lo que se llama un tipo estupendo, Max. Le dio resultado su corazonada… Estos forajidos nos estaban esperando.

Watson enfundó el revólver y se quedó observando el lugar por

dónde Hollister había desaparecido.

—Queda el más peligroso, el loco Hollister. Irá derecho al poblado Mientras esté suelto, nuestras vidas no valdrán un centavo. He de cazarlo antes de que llegue.

Volvió la cabeza y pegó un silbido. Su caballo vino de lejos, trotando.

—Oiga, ¿por qué no seguimos juntos? —preguntó el viejo.

Max cogió las bridas de su alazán, mientras le contestaba.

—Es un asunto entre Hollister y yo.

Martha soltó una risita.

—¿Es que no lo comprendes, papá? La cosa está tan clara como el agua. El señor Watson ha llegado hasta aquí con nuestra ayuda. Era la parte más difícil de su programa, pero ahora ya huele el oro y quiere cobrar sin nosotros.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Max, mirando fijamente a los brillantes ojos de la joven.

—Podrá engañar a un puma hambriento, pero no a mí. Usted quiere separarse ahora de nosotros, no por perseguir a Hollister, sino para llegar antes que nosotros al poblado.

—Al parecer, mantiene su opinión, ¿eh, muchacha? —Max hizo una pausa y luego agregó—: Pues escuche bien. Sólo quiero quitar de en medio a ese Hollister. Cuando lleguemos a nuestro objetivo tendremos bastante trabajo con Bill *el Tuerto.*

—¡Y un cuerno! Nosotros vamos detrás de usted.

Max se volvió hacia el viejo.

—Si tiene usted alguna autoridad sobre su hija, consiga mantenerla aquí. Mañana al amanecer reanuden el viaje hacia el poblado. Creo que con esa delantera tendré suficiente para alcanzar a Hollister y retirarlo de la circulación.

Gilbert hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No se preocupe, Max. Esta vez, la chica me obedecerá.

—¡Diablos, papá! —exclamó Martha—. ¿Es que vas a ser tan ingenuo como para creerlo?

—Nos acaba de salvar la vida hace un momento —repuso Gilbert—. ¿No es suficiente argumento?

—Naturalmente que lo hizo. Le remordía la conciencia. Al fin y al cabo le estamos ayudando; pero mira lo que hace ahora. Él también está enfebrecido por el oro. No corras más riesgos con él,

papá. O vamos todos juntos, o él se queda aquí.

Gilbert se mantuvo pensativo durante unos instantes y, finalmente, dijo mirando a Max:

—Puede irse, Watson. Seguiremos sus instrucciones. Mañana al amanecer emprenderemos el camino al poblado.

Max inició una sonrisa.

—Gracias, Gilbert —dirigió una mirada a la joven y ésta bajó los ojos hacia el suelo, mientras refunfuñaba algo.

Luego, Max saltó a la silla e inició una galopada tras las huellas de Hollister.

Unas millas más abajo, descubrió el lugar por dónde el fugitivo había vadeado el rió y él también cruzó a la otra orilla.

Siguió observando las huellas por espacio de unas millas, tierra adentro, pero luego desparecieron porque el terreno se tornó pedregoso.

Detuvo su alazán unos instantes observando el paisaje.

Al fondo había unas altas montañas y, justo en la segunda de ellas, estaba la ciudad fantasma. Según el plano que le hiciera el viejo Murphy, el Krappes trazaba una curva y se internaba por los montes pasando muy cerca del pueblo, a un tiro de piedra de las casas. Allí era donde años antes se había descubierto un filón.

Por el río no se podía llegar, ya que la corriente estaba infestada por rabiones y el agua corría durante muchas millas entre paredes verticales, gargantas profundas que hacían imposible la navegación.

Max se dio cuenta de que Hollister tenía todas las ventajas sobre él. Le bastaría esconderse en cualquier lugar, detrás de una piedra, y esperar su paso. Bien, tenía que arriesgarse y seguir adelante.

Palmeó a su caballo y éste emprendió la marcha hacia las montañas.

CAPÍTULO IX

Hugh Hollister detuvo su cabalgadura observando con ojos entrecerrados el poblado que se levantaba en la colina de enfrente. En otro tiempo, aquel conjunto de casas de madera había tenido un nombre: Eldorado. Miles de hombres de lejanos países habían llegado buscando su fortuna, pero muy pocos la habían conseguido. La mayoría de ellos murieron luchando por un trozo de tierra donde clavar la zarpa en busca del oro y los que llenaron sus bolsas con el preciado metal, tarde o temprano hallaron en su camino una bala que también terminó con sus vidas.

Ahora Eldorado era un pueblo fantasma, como otros tantos de California, pueblos sin vida. Pero en una de aquellas casas abandonadas, había un hombre, Bill *el Tuerto*, y él poseía una fortuna, quizá el noventa y cinco por ciento del oro que se había obtenido de aquel filón, antes de que se agotase.

Hollister dejó oír su risa de hiena mientras desenfundaba el revólver.

Bien; ya estaba allí. Tras de sí había dejado una estela de muerte. Todavía contaba unas cuantas personas que, quizá en cuestión de horas, llegarían allí; pero él no se dejaría arrebatar lo que era suyo. Se lo había ganado con el sudor de su frente y haciendo uso de su inteligencia. Nadie le robaría su parte, ni siquiera Bill *el Tuerto*.

Pero debería adoptar toda clase de precauciones. De aquellas casas, en cualquier momento podía surgir un proyectil en busca de su carne, y pensó que no debía entrar en el pueblo por el camino. Haría un recorte para llegar a lo alto de la colina, y luego se descolgaría poco a poco.

Espoleó a su cabalgadura y ésta reemprendió la marcha.

En cuestión de quince minutos llegó a lo alto. Luego descabalgó y, siempre con el revólver en la mano, empezó a descender. Cada cuatro o cinco pasos se detenía y observaba las casas aguzando el oído.

De vez en cuando se oía un portazo que le soliviantaba, pero se decía a sí mismo que era obra del viento.

Continuó avanzando. La casa más próxima a él era el antiguo *saloon* de Berta Adams. En la parte trasera de la construcción, justo adonde se dirigía, Berta tuvo instalado el almacén y la entrada de carruajes. La gran puerta yacía en el suelo.

Hollister entró por el hueco observando las latas vacías, los cajones, los arbustos que habían crecido desde que la casa fue abandonada. Luego subió por una escalera y se internó por el corredor hasta encornarse con una puerta.

Hollister recordó que muchas veces había hecho ese camino; pero entonces se oían las voces de los clientes, las notas del piano o las canciones de las chicas de turno. Ahora todo era silencioso.

Puso la mano en el pomo y abrió muy despacio, adelantando por el resquicio su revólver. Miró hacia el interior del *saloon* y, entonces, lo vio. Allí estaba Bill *el Tuerto*, sentado con los pies encima de una mesa.

En el suelo había una botella de *whisky*.

Hollister sonrió y se coló por la abertura.

Luego permaneció inmóvil observando a Bill, quien continuaba distraído, fija la atención en la pared de enfrente.

Hollister levantó el revólver y apuntó a la cabeza de Bill.

De pronto, oyó la voz de éste:

—Hola, Hugh.

Hollister sintió un estremecimiento.

Así, pues, Bill sabía que él estaba allí. Entonces comprendió que Bill estaba mirando al espejo inclinado que había encima de los polvorientos anaqueles, más allá del mostrador, y descubrió también cómo la mano derecha de Bill se apoyaba en el borde de la mesa, cerca de donde tenía el revólver.

Entonces Hollister enfundó el suyo y, sonriendo, dijo:

—¿Cómo te ha ido, jefe?

Bill se mantuvo inmóvil y Hugh caminó hacia la mesa.

—Me he aburrido un poco —contestó Bill, y lo miró a la cara—.

¿Y tú?

—Lo mío ha sido más divertido.

Bill *el Tuerto*, frisaba en los cincuenta años de edad y era robusto, de cabeza redonda y cabello negro muy rizado. Sobre su ancha frente mostraba una cinta negra de la que pendía un trozo de cuero, negro también como el betún, que le cubría la cuenca del ojo derecho. Tenía la barba muy crecida y sus labios eran gruesos, sensuales.

—Está bien, Hugh —dijo—. Cuéntame.

—¿Puedo remojarme la garganta? Fue un largo viaje, jefe.

—Sí, claro que sí.

Hugh se introdujo detrás del mostrador y se acercó a la pileta. El agua estaba muy sucia. Alcanzó un vaso y lo lavó. No encontró un paño para secarlo y regresó otra vez a la mesa, agitándolo en el aire. Alcanzó la botella que había en el suelo y se escanció un par de dedos de *whisky*, que hizo desparecer rápidamente entre sus resecos labios. Luego, se dejó caer en una silla y cruzó las piernas.

—Todo ha salido como tú pensaste, jefe.

—¿Sí?

—Han muerto unos cuantos.

—¿Quiénes?

—Kid Baney, Sam Quimby, Alwyn Purtell y el estúpido de Jim Griggs.

Bill dejó oír una risa cavernosa.

—Eso está bien, muchacho. Le has dado mucho gusto al dedo.

—Yo sólo me he cargado a Jim Griggs.

—¿Y los otros? ¿Se mataron entre sí?

—No. Lo hizo Max Watson.

—¿Max Watson? No he oído ese nombre en mi vida. ¿Quién es?

—Un tipo aventurero que se interesó por la historia que apareció en el periódico.

—¿No has podido deshacerte de él?

—Es más duro que ninguno. Puro granito. Y tiene buena estrella. Son los fulanos peores. Debe de estar al llegar, aunque tardará unas cuantas horas porque estoy, esperando escondido detrás de todas las rocas que hay de aquí al Krappes.

—¿Y los demás?

—Sólo quedan Niesley y Bowen, pero no sé dónde están. Jim los

vio por el desierto, un poco despistados. También hay un viejo, uno de los buscadores de oro a quienes limpiamos su parte.

—¿El que se escapó aquella vez, mientras yo estaba fuera?

—Sí. Le acompaña su hija, y los dos se han hecho amigos de Max Watson.

Bill clavó su único ojo en la cara patibularia de Hollister:

—Eres un imbécil, Hugh… Un perfecto imbécil.

—¿Por qué me insultas, jefe?

—Me costó mucho trabajo organizar este plan y tú no lo has sabido llevar a cabo. —Bill se levantó de golpe y empezó a pasear por la estancia—. ¡Infiernos! Fue lo mejor que se me ha ocurrido en mi vida. Era un trabajo fácil para ti.

—Hice lo que dijiste —repuso Hugh—. Fui a Culver City y pagué a ese periodista para que contase la supuesta historia de su viaje. Él aceptó los doscientos dólares y la publicó. Vino bien, además, porque el periodista acababa de regresar de San Francisco. Todos lo: tipos que conocían la historia del oro se tragaron la noticia y empezaron a ponerse en movimiento.

—Más imperdonable aún, Hollister. Tú solo tenías que ir cargándotelos uno a uno por el desierto.

—Claro que sí, Bill. Es lo que tenía que hacer; pero ese Max se metió por en medio y, en cambio, tuve además la mala suerte de no encontrarme con Bowen ni con Niesley.

Bill golpeó el puño en la palma de la otra mano.

—Era nuestra gran oportunidad de deshacernos de todas las personas que estuvieren relacionadas con este oro. Llevamos dos años encerrados aquí como ratones. Tú y yo sabemos que, en cuanto hubiésemos salido fuera, se hubiesen arrojado sobre nosotros como lobos. Elegí mal cuando me decidí por ti para dar el plantón a los compañeros.

—No debe quejarse de mí, jefe. Cuando usted desapareció con el oro, yo me las arreglé para llevar bien lejos a todos los de la pandilla, y empezaron a seguir pistas hasta que se volvieron locos y no tuvieron más remedio que abandonar la persecución.

—Sí, eso lo hiciste bien, lo confieso. Pero luego te presentaste aquí y, ¿qué ha pasado? Hemos vivido como desesperados.

—No hemos carecido de nada, jefe. Siempre que ha hecho falta yo he ido a por provisiones.

—Sabes que estoy hasta la coronilla de esa sociedad, y lo más desesperante es ver que tenemos ahí cerca de un millón de dólares en oro sin poderlo aprovechar. Por ello se me ocurrió la idea de publicar la supuesta noticia del periodista, para que los fueses liquidando poco a poco durante el viaje, y ahora resulta que te presentas aquí y hay media humanidad que está a punto de llegar.

—Nos los cargaremos a todos, jefe. Incluido ese Watson.

Hollister señaló una ventana abierta.

—Será mi puesto de combate —dijo—. Desde ahí se domina el camino. ¿Tiene el rifle?

—Precisamente está al pie de la ventana. Tuve que disparar contra el estúpido de Jim Griggs.

—Alwyn y yo le hicimos confesar. Jim creyó que podía arreglárselas él solo para hacerse con el oro. Pero una de tus balas le alcanzó en el brazo y pensó que le convenía más reunirse con nosotros.

Hollister se encaminó hacia la ventana y la abrió. Luego se agachó, tomó el rifle y se sentó en una silla. Dirigió la mirada hacia el camino de acceso natural al pueblo abandonado.

Bill se sentó otra vez ante la mesa; pero ahora había vuelto la silla para observar a Hollister y éste se dio cuenta de que Bill no quería darle la espalda.

De pronto, el jefe dijo:

—Estoy pensando en Niesley y Bowen.

—¿Por qué, Bill? —preguntó Hollister.

—No es natural que fuesen despistados por el desierto.

—Yo simulé que no sabía el camino hasta aquí. Pero estoy seguro de que Alwyn no lo conocía. A Bowen y a Niesley les ha podido ocurrir igual. No todos tienen la habilidad de Jim Griggs.

—¿Y si Bowen y Niesley se hubiesen olido el pastel?

—¿Ésos? —Hollister movió la cabeza haciendo una mueca despectiva—. No, jefe. Siempre fueron un par de tarugos. No son capaces de pensar ciertas cosas.

—Ojalá no te equivoques.

De pronto Hollister vio a Max Watson a la entrada del poblado, en lo más profundo de la colina, donde el camino se iniciaba.

—Ya está aquí.

—¿Quién?

—El tipo duro, Max Watson… ¡Infiernos! No creí que viniese tan aprisa.

Con voz lúgubre murmuró:

—Si te descuidas un poco llega antes que tú.

—Bueno, ahora lo despacho y en paz.

Hollister se echó el rifle a la cara y apuntó lentamente.

Max Watson avanzaba muy despacio, observando a derecha e izquierda.

—Ya lo tengo en el punto de mira —anunció Hollister—. Ahora una suave presión con el dedo *y*…

CAPÍTULO X

—No lo hagas —dijo Bill.

Hollister levantó la cara con el ceño fruncido.

—¿Qué es lo que dice, jefe?

—Estoy pensando otra vez en Bowen y Niesley.

—¿Y qué tiene que ver eso con Max Watson?

—Supón que Niesley y Bowen no anduvieran despistados. Supón por un momento que se llegaran a Santa Cecilia a contratar a unos cuantos hombres. Te repito que han podido olerse que se trataba realmente de una trampa. Entonces se dejarán caer por aquí y nos coserán a balazos.

—Ya, y usted prefiere que sea Max Watson quien acabe con nosotros —dijo Hollister con voz sarcástica.

—No seas imbécil. Nosotros somos dos nada más. Podemos engañar a ese muchacho diciéndole que si nos ayuda le daremos una parte.

Hollister se mantuvo pensativo unos instantes, observando al jinete que se acercaba.

—Es posible que eso tuviese éxito. Ese tipo es un hombre honrado a su manera. Ya sabe, uno de esos que cumplen su palabra por encima de todo. Pero lo único que ocurre es que quizá no quiera saber nada con nosotros.

—Eso lo veremos ahora. Dame el rifle, yo le apuntaré y tú le hablarás. Le dejaremos acercarse otro poco.

Bill *el Tuerto*, tomó el arma que Hollister le cedía y ocupó su lugar en la ventana.

Se mantuvieron inmóviles un rato.

Max Watson continuó adelantando.

—Bien, ahora —dijo Bill—. Tal como está no se podrá escapar.

Si intenta bajar del caballo le coseré a tiros antes de que pueda esconderse. Llámalo.

Hollister se asomó por la ventana y se puso las manos en la boca para amplificar su voz.

—¡Eh, Watson! —gritó.

Max corrió la mano a la pistola.

—¡No dispare! —le dijo Hollister—. ¡Un rifle le está apuntando al cuerpo!

—¿Por qué no han hecho fuego sin previo aviso? —inquirió el joven.

Hollister soltó una carcajada.

—El jefe y yo queremos hacer un trato con usted.

—¿Un trato?

—Sí, hombre… Nosotros hemos pensado que es un negocio aliarse con un tipo de suerte y usted es el fulano con más estrella que he conocido, desde que mi madre me echó al mundo.

—Dígale a su jefe que hable.

—Estoy un poco afónico —contestó Bill—. Venga al *saloon*, pero con los brazos muy levantados. Así podremos hablar descansadamente.

Watson se mantuvo un rato reflexivo, pero finalmente movió las bridas del caballo y éste reanudó la marcha.

Llegó ante la fachada del *saloon* y descabalgó, hundiendo las botas en el polvo. Por la calle corrían bolas de arbustos espinosos muy secos.

Watson ató el caballo al poste y entró en el *saloon.*

Bill le apuntó con el rifle y Hollister echó a andar hacia el mostrador, sonriendo.

El joven vio la botella de *whisky* sobre la mesa y se acercó sin perder la calma. La cogió por el cuello y bebió un trago.

Mientras tanto, Bill le examinaba de pies a cabeza, fríamente.

—De modo que usted es el tipo aventurero que ha querido jugársela por el oro.

Max lo miró a la cara y respondió:

—Llevo diez años esperando mi oportunidad, ¿sabe? Desde muy pequeño trabajé en un rancho; pero cuando me di cuenta de que allí no tenía porvenir, me tiré al mundo pensando en que cualquier día la fortuna llamaría a mí puerta.

—¿Y ya ha oído los golpes? —preguntó Bill.

—El hecho de que esté aquí lo demuestra.

—No sea fanfarrón. Usted está acabado, Watson. Tengo un rifle en la mano, es un buen modelo. Le llamo «Pedrito», en honor de un perro que tuve y que siempre fue muy cariñoso. Un carro le pasó por encima y le echó las tripas por la boca. Éste es mi nuevo perro —golpeó con la mano la culata del rifle—. Y es mucho más fiel que el que murió. De vez en cuando suelta algún ladrido y hace mucho daño, Watson… ¿Quiere comprobarlo?

—No tengo ningún interés.

—Pues entonces, dese cuenta de su verdadera situación. Se ha metido donde no le llamaban. Éste no era asunto que le incumbiese y ya sabe lo que dice el refrán: «El infierno está lleno de entrometidos que antes de morir no tuvieron oportunidad de rezar una oración».

—¿Me ha hecho entrar aquí para soltarme ese rollo, Bill?

—No, Watson. Si lo hubiese dejado obrar a su voluntad usted estaría ahora listo para criar gusanos; pero yo conservo la cabeza sobre los hombros… Me dije que usted podría ser un buen elemento.

—¿Para qué?

—Quizá las cosas no salgan como yo había previsto y tengamos que organizar en este poblado un buen festejo.

—Ya voy comprendiendo. Lo del periodista fue una farsa. Aquel plumífero nunca pasó por aquí. Usted y Hollister estaban de acuerdo y él fue a la ciudad para organizar la comedia. Todos los que estaban interesados en el oro creyeron a pies juntillas lo que decía el supuesto viajero y decidieron dejarse caer por el poblado. Hollister tenía una misión: la de ir cargándoselos uno a uno por el camino.

Hugh soltó una risita.

—Bonito, ¿verdad?

—Solamente le veo un fallo —murmuró Max.

—¿Cuál?

Hubo un silencio, Bill y Hollister estaban pendientes de las palabras de Watson.

—¿Quién de ustedes matará al otro?

Bill soltó una carcajada.

—¿Has oído eso, Hollister? Watson piensa que tú y yo terminaremos por enfrentarnos.

—¿A quién se le ocurre…? —dijo Hollister—. Este asunto lo llevamos a medias entre el jefe y yo, ¿sabe, Watson? Él y yo nos necesitamos.

—Eso es cierto ahora; pero habrá un momento en que suponiendo que ustedes sigan vivos, terminarán por liarse a dentelladas.

—¡Cállese! —ordenó Bill—. No haga que me arrepienta de haberle dejado entrar aquí. Estoy a tiempo de meterle una onza de plomo en el cuerpo.

—Está bien —sacudió la cabeza Max—. Oigamos esa oferta.

Bill se aclaró la garganta y dijo:

—Me da en la nariz que dos antiguos tipos de la banda pueden haberse figurado lo que había tras la noticia del periódico. Si mis cálculos no fallan, esos dos fulanos, Bowen y Niesley, tienen que haber ido a algún sitio a reclutar tropa. ¿Se da cuenta?

—Sí. Usted teme que ellos se dejen caer por aquí y les conviertan a ustedes en astillas.

—Qué tipo listo… —rezongó Hollister.

Max se pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—Y quieren que yo les eche una mano.

—Sí —convino Bill.

Sobrevino otra pausa.

—¿Cuánto? —preguntó Max con los ojos entrecerrados.

—Dos mil dólares —respondió Bill.

Max negó con la cabeza.

—Está bien —dijo Bill—. Serán cuatro mil.

—Es una oferta poco interesante —dijo Max.

Hollister rió de aquella forma suya tan peculiar, que le semejaba a una hiena.

—Quizá quiere todo el oro, jefe.

—Todo, no —le corrigió Max—. Sólo una tercera parte.

Hollister desenfundó el revólver.

—¡Maldito seas! Es plomo lo que te voy a dar.

Max observó el revólver que le apuntaba y desvió la mirada hacia Bill.

—Siempre se ha pagado bien a los hombres que son rápidos con

el revólver.

—¿Y usted lo es, Watson? —preguntó Bill *el Tuerto*.

—Puedo hacerle una demostración.

—¡Deja que lo mate, Bill! —apuntó Hollister—. Este hombre sólo dice paparruchadas.

Bill, con el rifle un poco levantado, apuntaba al estómago de Max.

—Quiero ver esa demostración.

—¿Contra qué quiere que dispare?

Hubo un silencio, y luego Bill dijo:

—Contra Hollister.

Hollister hizo una mueca.

—¿Qué está diciendo, jefe?

—No te asustes, muchacho. Max Watson no te va a matar. Sacará el revólver y tendrá que desarmarte quitándote el «Colt» de la mano. Te juro que si te hace un rasguño le mataré. Yo le estaré apuntando al espinazo.

Hollister miró alternativamente a su jefe y a Watson.

—No me gusta —opinó.

—Quiero saber si verdaderamente es merecedor de nuestra confianza —dijo Bill—. ¿O es que tienes miedo, Hollister?

Hollister soltó un salivazo hacia el mostrador.

—No, no tengo miedo.

—Pues, entonces, guarda el revólver.

Hollister todavía vaciló unos instantes, pero finalmente devolvió el revólver a la funda.

Bill se echó a reír.

—Será un buen duelo y resultará divertido. Ponte debajo del reloj, Hollister.

Hugh retrocedió tres pasos hasta acercarse a la pared, sobre la cual había un reloj que estaba parado, lleno de polvo. Luego, Bill dijo:

—Tú, Hollister, tirarás a matar a Max. ¿Está claro? Usted, Watson, sólo tirará a la mano. Recuérdelo.

Max frunció los ojos.

—Hollister tiene todas las ventajas.

—Claro que sí. Hemos quedado en que esto sólo sería una prueba. Les necesito a los dos vivos para defender el oro. No puedo

permitirme el lujo de perder un solo hombre. Pero usted tendrá que demostrarme que sirve para lo que le preciso.

—Corriente —asintió Max—. ¿Cuál va a ser la señal?

—Golpearé la pared con la culata del rifle. En cuanto oigan el golpe podrán echar mano al revólver. ¿Entendido?

Hollister y Max movieron la cabeza en sentido afirmativo.

Hollister se humedeció los labios con la lengua y abrió ligeramente las piernas en compás.

Max Watson ya estaba preparado con las manos abiertas, separadas dos pulgadas de sus muslos.

Bill retrocedió hacia la ventana, sin dejar de apuntar a la espalda de Watson. Al fin se detuvo.

Ahora en el *saloon* solamente se oía el aullido del viento y el golpeteo de las pelotas de arbustos secos contra la madera.

Los dos hombres movieron la diestra simultáneamente. Sonó un estampido y Hollister lanzó un juramento dejando caer el revólver al suelo, porque se le había convertido en una brasa.

Bill miró a Watson.

—No se vuelva, muchacho —le advirtió—. Vuelva a meter el revólver en la funda.

Max obedeció. Entonces Hollister, que se miraba la mano para ver si tenía alguna herida, miró a su jefe y gritó:

—¡Ahora es cuando lo debe matar, Bill!

—¿Por qué? ¿Es que no lo has visto? Es un verdadero demonio con el revólver en la mano.

—¡Nos ultimará a los dos cuando nos descuidemos!

—Sabe que sería su peor jugada. Niesley y Bowen están al caer y vendrán por el único camino que existe. Nadie puede cruzar estas montañas en dirección a Sacramento. Muchos lo intentaron por miedo a nosotros cuando el filón no se había agotado. ¿Y qué les pasó? Todos acabaron por caer en el barranco. Si Watson nos liquidase tendría que retroceder por el río Krappes, y a estas horas apuesto a que Niesley y Bowen tienen allá algún centinela. No, Hugh. Él también nos necesita.

—¿Y si se atreviese, después de todo, a ir por la montaña?

—Te repito que no puede. Moriría como los que le precedieron. Ni siquiera los indios que vivieron aquí hace veinte años las podían cruzar. Sólo existe un desfiladero, el del Sol Poniente, pero está

situado al norte, y para llegar allí se tiene que cruzar el Valle de la Muerte. No, muchacho. Esto es una ratonera. Siempre lo fue. Por eso pudimos despojar del oro a todos los buscadores que se dirigían a sus casas. Sólo existe un camino. —Bill se volvió hacia la ventana —, y es ése. Para ir y para volver. Si Watson trata de aprovecharse de nosotros, me demostrará que está más loco que tú, Hollister.

Max se volvió hacia Bill.

—¿Y si se equivocase respecto a Niesley y Bowen?

—Niesley fue siempre condenadamente listo.

—No lo probó cuando usted lo plantó.

—Aquello estuvo bien preparado, pero repito que Niesley, cuando no ha llegado aquí a estas horas, es señal de que sabe lo que se está cociendo. Si hubiese creído lo del periodista habría sido el primero en llegar. Hollister opina que andaba despistado por el desierto, pero eso es una estupidez. Está claro que Niesley y Bowen se pusieron de acuerdo y son ellos los que han despistado a Hollister haciendo como que no sabían el camino. De esa forma se aseguraban que los dejasen en paz, pero lo que han hecho realmente es ir en busca de ayuda. No me cabe duda. —Bill hizo una pausa—. ¿Qué diablos contesta?

—Es usted el que debe responder —dijo Max—. Ya le pedí la tercera parte.

—¡No se la des! —gritó Hollister.

—¿Qué quieres que le haga? Es un tipo bueno. Lo ha probado —miró a Max—. De acuerdo, Watson. Tendrá usted la tercera parte.

—Da gusto discutir con verdaderos hombres de negocios. Siempre se llega a un acuerdo con ellos.

Hollister rezongó, mientras se agachaba para recoger su revólver:

—Te arrepentirás, Bill. Ya verás cómo te arrepentirás.

Hubo un silencio. Hollister se enderezó, de perfil a Watson, y de pronto se volvió apuntándole con el revólver. Sus labios se distendieron en una extraña sonrisa y su cuerpo se encorvó, la mano libre crispada, pareciendo que estaba jorobado.

—¡Déjame que le levante la tapa de los sesos, Bill!

Max estaba inmóvil contemplando al hombre que se estremecía de placer pensando en la posibilidad de matar.

—¿Qué es lo que estás haciendo, Hollister? —dijo Bill—.

¡Guarda ese revólver!

—No, jefe. No lo haré. Primero he de quitar de en medio a este tipo. Se lo tiene bien ganado. ¿Quién le llamaba aquí? Fue cosa suya.

—¡Maldito seas, Hugh! —gritó Bill—. ¡Enfunda esa pistola o te juro que también vas a cobrar!

Hubo una larga pausa. Hollister observó durante un rato a Watson y por fin habló a su jefe:

—Te dije que Watson salió con el viejo y su hija. Los vi juntos. Watson fue quien se cargó a Alwyn. ¿Y qué es lo que pasa ahora? Aparece sólo Watson. Creo que las cosas están bien claras, Bill. Primero ha venido él para tratar de entretenernos. Apuesto a que la chica y su padre no deben de estar muy lejos de aquí.

Bill se acercó a la ventana y miró hacia el camino.

—No se ve a nadie —anunció—. Y no he dejado de vigilar.

—Bueno, quizá haya hecho un pacto con ellos —opuso Hollister —. Te juro que iban juntos, y cuando Alwyn y yo nos fuimos a cargar al viejo, Watson lo impidió.

Durante unos instantes nadie habló en el antiguo *saloon* de Berta.

Bill volvió la cabeza hacia Watson, que seguía amenazando por el revólver de Hollister.

—¿Qué hay de eso, muchacho?

Max miró alternativamente a los dos compinches y luego respondió:

—A veces uno tiene que nadar y cuidar la ropa. Resulta condenadamente bueno. El viejo me sorprendió y me pudo haber volado la cabeza si yo no hubiese representado ante él una buena comedia.

Cayeron en el cepo y yo salvé la piel, pero pensé darles esquinazo en cuanto se me presentase la ocasión.

—¡Y un cuerno! —gritó Hollister—. ¿Por qué no dejaste que lo liquidásemos? —soltó una risita de triunfo—. ¡Anda, contesta!

Max observó una vez más el revólver. El loco de Hugh lo apretaba con la diestra, curvando el dedo sobre el gatillo, un dedo que temblaba ligeramente.

—¿Por qué disparé contra vosotros? Creo que está claro, yo también me tragué lo del periodista. No sabía que tú y Bill estabais

en combinación. Fue una idea magnífica eso de inventar el encuentro del viajero con Bill *el Tuerto*. Tú y Alwyn estabais allí con el revólver preparado y, después de todo, ibais a tirar contra dos personas con las que yo había hecho un pacto. Ellos son un viejo y una muchacha… Si tú hubieses estado en mi lugar, ¿con qué bando te habrías quedado?

Bill lanzó una carcajada.

—¿Qué dices ahora, Hollister? Te ganó por la mano. El chico no sólo se ha defendido, sino que ha demostrado que eres un alcornoque… ¡Maldita sea! Guarda de una vez ese revólver.

Hollister dudó todavía unos instantes y, finalmente, devolvió el «Colt» a la funda. Entonces preguntó:

—¿Dónde dejaste al viejo y a la chica, Watson?

—Les dije que se quedasen en el río y que yo me adelantaría.

—¿Cuándo vendrán ellos?

—Al amanecer.

—¿Estás seguro?

—Fui yo quien les dio la orden.

Hollister se echó a reír.

—Bueno —murmuró, pasándose el dorso de la mano por la crecida barba. Se enjugó la boca y soltó un salivazo—. Apuesto a que va a ser estupendo.

Caminó hacia la mesa y alcanzó la botella de *whisky*. Empinó el codo y bebió un largo trago. Lo hizo tan ansiosamente que, al retirar la botella, el *whisky* le goteó por la comisura de los labios manchándole la ya sucia y sudada camisa.

Max lo miró atentamente y, al oír su risa, frunció el ceño con preocupación.

CAPÍTULO XI

Un rayo cruzó el firmamento y, casi instantáneamente, se produjo un tableteo ensordecedor.

Bill dormitaba en su camastro. Max Watson estaba sentado en el suelo, apoyando la espalda en la pared, con el sombrero echado sobre la cara. Hollister se hallaba haciendo vigilancia junto a la ventana y, de pronto, empezó a caer agua.

—¡Infiernos! —exclamó—. No me gusta cómo se pone el cielo.

La voz de Watson llegó hueca, casi desprovista de interés.

—¿Por qué no te gusta?

Hollister lo miró con odio reconcentrado, y luego sonrió.

—A ti te da todo igual, ¿verdad, Watson? Pero a mí no. Aunque no lo creas, pienso bien las cosas y esta tormenta no nos conviene. El cauce del río Krappes crecerá y crecerá. No podremos vadearlo y quizá tengamos que permanecer aquí varios días.

—Así será más emocionante.

—A mí no me la pegas, Watson. Sé que vas a la tuya. Es posible que el jefe tenga razón en lo de que nos convienes para defender el oro. Esos condenados de Bowen y Niesley pueden traer un buen montón de gente. Pero no me descuidaré. Lucharé a tu lado y estaré siempre dispuesto.

—¿Por qué no me dejas en paz? —dijo Max—. Yo ya hice mi guardia. Necesito dormir.

Hollister sacudió la cabeza y miró otra vez hacia fuera. Ahora la lluvia se había convertido en un verdadero diluvio. Por la calle corría un torrente formado por el agua que bajaba de la colina.

Hollister dejó el revólver sobre una silla, a su alcance, y se puso a armar un cigarrillo.

Estaba arrojando la primera bocanada de humo cuando, de

pronto, oyó un ruido procedente de la parte posterior de la casa.

Rápidamente cogió el revólver y se volvió con el cigarrillo entre los labios. Escuchó atentamente. Llegó a una conclusión. El viento se había calmado después de empezar la lluvia.

Echó a andar despacio y, al llegar al centro del *saloon*, se detuvo observando a Bill y a Max. Escuchó la rítmica respiración de ambos. Los dos dormían.

Abrió la puerta que comunicaba con el corredor y la luz de la lámpara de petróleo que se encontraba en el antiguo *saloon* le prestó suficiente iluminación para cerciorarse de que allí no había nadie.

Empezó a andar silenciosamente, como un gato que se dispusiese a caer sobre la presa.

Llegó ante la segunda puerta que daba acceso al almacén y oyó ruido fuera, como si alguien subiese la escalera.

Se echó hacia el rincón, apretando la cabeza contra la pared porque el espacio era muy reducido, y esperó con el revólver preparado.

Oyó un susurro. Luego, la puerta se fue abriendo poco a poco.

Hollister se alegró de haber corrido la que daba acceso al *saloon*, con lo cual había dejado el corredor a oscuras. Ahora la única iluminación de la escena era la que le prestaban los relámpagos que, intermitentemente, cruzaban el cielo.

Vio aparecer al viejo. Chorreaba agua por todos sus poros. Llevaba un revólver por delante. Detrás de él entró la chica con otra pistola en la diestra.

Hollister no hizo más que empujar con el hombro la puerta y descargó sus espaldas sobre ella al tiempo que decía:

—¡Al que se mueva lo aso!

Los Murphy se quedaron inmóviles, uno detrás del otro.

Hollister se dio cuenta de la indignación que producía en Martha el final de la aventura, porque los hombros femeninos se estremecieron.

—Otra vez juntos, nena —murmuró Hollister.

Martha se volvió rabiosamente, pero Hollister estaba preparado y le pegó con el canto de la mano en la muñeca armada.

La joven lanzó un aullido de dolor y dejó caer el revólver.

Gilbert Murphy fue también a volverse, pero Hugh ordenó con

voz seca, premonitoria:

—Es la última advertencia. Una diablura más y os envío al infierno.

Los ojos de Martha llamearon rabiosamente.

—¡Sucio puerco! —exclamó entre dientes.

—Sigues siendo la misma, nena —dijo Hollister—. Como a mí me gustan —miró a Gilbert—. Ande, abuelo, deme el revólver por la otra banda.

Murphy se humedeció los labios con la lengua, indeciso; pero al final obedeció al advertir la mirada que le dirigía Hollister.

Éste cogió el arma y se la metió en el cinturón.

—Eche a andar, viejo, y abra la puerta del fondo. Tú también, pequeña. Sigue a papaíto, como él te enseñó.

La joven hizo un gesto de ir a abalanzarse, pero Gilbert la detuvo tomándola de un brazo.

—Será mejor que sigamos sus órdenes, Martha. Tenías razón. No hace falta más que verle la cara para saber que nos asesinaría a sangre fría.

Echaron a andar y Hollister fue detrás de ellos, después de coger la pistola de Martha.

El ruido de las pisadas despertó simultáneamente a Bill y a Max Watson.

Bill se restregó el único ojo sano y saltó del jergón, observando de hito en hito a los recién llegados.

—¿Qué significa esto?

Martha se había quedado con los ojos muy abiertos, fijos en Max Watson.

—¡Míralo, padre! —exclamó—. Está con ellos, tal como te lo dije.

El viejo Gilbert hizo una mueca.

—No puede ser. Aquí marcha algo mal.

Hollister encanutó los labios y empezó a silbar, mirando a Watson y a la joven.

Martha agitó el pecho embravecido.

—Ha resultado como yo pensé —murmuró con tono hiriente—. Un forajido como los otros… peor que ellos. Nos engañó miserablemente.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —repuso Gilbert, como si hablase

consigo mismo.

—Yo te lo diré, padre. Nos dejó plantados allá y vino a pactar con ellos. Por eso dijo que nos quedásemos hasta que fuese de día —sacudió la cabeza—, pero yo no me lo creí, señor Watson, y convencí a mí padre de que usted tramaba algo. Es cierto que le había concedido un pequeño margen de confianza, porque usted sabe engañar muy bien, señor Watson. Ahora ya puede estar contento.

Bill rezongó:

—Ya está bien, chica. Estoy harto de oír lamentaciones a mí alrededor —la observó detenidamente—. Eres una cosa seria, muchacha… Siempre me han gustado las de piernas largas, y tú las tienes más que ninguna.

—¡Maldito cegato! —exclamó la joven—. Era lo que faltaba para completar el trío… ¡Menuda gentuza!

Bill lanzó una risotada. De pronto se quedó serio, mirando a Hollister.

—¿Por qué no has liquidado al viejo? No nos hacía falta.

—Eso no se puede hacer ahora —dijo Hugh, y desvió el revólver hacia Gilbert.

—¡No hagas eso, Hollister! —gritó Max Watson, con voz ronca.

Hubo un silencio tenso.

Bill apuntó con el rifle a Watson.

—¿Qué es lo que dices, chico? Aquí se hace lo que yo ordeno, y hay demasiada gente.

Max se humedeció los labios con la lengua.

—No nos conviene liquidarlo.

—¿Por qué no? —preguntó Bill—. Dame una razón, sólo una.

—Ya le he contado a Hollister que me hice amigo de ellos durante el viaje. El tipo es honrado. Sólo quiere la parte de oro que le quitasteis. Vino aquí cuando el filón y trabajó duro para hacer su paquete. Luego emprendió la marcha, como tantos otros, y cayó en la trampa. Es la única persona que no le ha cegado el oro. Estoy seguro de que a cambio de su bolsa, se sumará a nosotros para defendernos contra Bowen y Niesley.

Bill se pellizcó el lóbulo de una oreja con la mano libre.

—No me convence, Watson —opinó—. Y ya van siendo demasiadas partes.

—Le digo que solamente quiere la pasta que le birlaron.

Bill miró a Gilbert.

—¿Qué dices tú, abuelo?

Gilbert observó a Watson con los ojos fruncidos, y finalmente murmuró:

—Watson no se equivoca. Sólo quiero mis dos bolsas. Es lo único que tenía, todos mis ahorros. Con ellos pensaba levantar mi rancho arruinado y ofrecer algo a mí hija.

Hollister soltó un gemido de falsete.

—¿Lo oye usted, jefe? ¿En qué se ha convertido esto? Si siguen hablando me van a partir el corazón.

Bill murmuró:

—No hace falta que sigas. A mí ya han conseguido ablandarme. Pero lo que dice Watson es sensato. Tenemos que defender el botín. Tanto ella como el padre estarán sin armas hasta que se presenten nuestros visitantes. Cuando suene el primer estampido les daremos sus pistolas, y entonces no tendrán más remedio que defenderse contra los de fuera. Es un buen plan que no puede fallar.

Hollister rezongó:

—Sigue sin gustarme nada. El *saloon* de Berta se convertirá en un hotel.

—Cobraremos el alojamiento —dijo Bill, y soltó una risotada—. ¿No es un buen chiste?

Nadie lo coreó y entonces Bill dijo:

—Abuelo, tu sitio está en el rincón, junto a la nena. Sentaos en el suelo y será mejor que os estéis quietos, sin moveros.

Gilbert sacudió la cabeza y tiró del brazo de su hija.

—Vamos, Martha.

Ambos se dirigieron hacia el rincón más alejado de la ventana y se sentaron en el suelo, tal como había ordenado Bill.

Éste dijo:

—Watson, ponte en la ventana y vigila. Hollister y yo tenemos que convencernos de que el oro estará seguro cuando nos ataquen.

Watson miró a los dos forajidos y finalmente accedió, dirigiéndose a la ventana.

Hollister, siempre con el revólver en la mano, soltó una risita.

—Si me hubiesen dicho cuál iba a ser el final me habría abierto la cabeza con una piedra.

—Sí —dijo Bill—, y entonces hubieras descubierto que sólo tenías serrín dentro de ella. Ven conmigo.

Salieron por la puerta e se internaron por el corredor. Al llegar a la mitad, Bill tanteó en la pared y, cuando estuvo seguro del lugar que buscaba, apretó una de las tablas verticales. Ésta cedió a su impulso. Luego frotó un fósforo y alumbró el hueco oscuro. En el interior había dos gruesas bolsas de cuero atadas fuertemente por la boca con el mismo cordel.

Bill volvió la cara hacia Hollister y dijo:

—¿Es que todavía tío te has dado cuenta, estúpido? Los necesitamos a todos; pero cuando nos hayamos librado de Bowen y de Niesley, acabaremos con ellos. Quizá nuestros atacantes se encarguen de hacer ese trabajo, pero, si sobreviven a la masacre, nos los cargaremos nosotros.

—¿Y la chica? —preguntó Hugh.

—Ella no entra.

—¿Por qué?

Bill se mojó el labio inferior con la lengua.

—Me gusta. Sólo por eso, porque me gusta.

El rostro de Hollister se endureció.

—Yo la vi primero y también me gustó a mí.

Bill se echó a reír.

—Me lo figuraba. Es por lo que no la liquidaste. Bueno, esa chica tiene todo lo que debe tener una mujer.

—Aún no me has contestado, jefe. Yo la vi primero.

—Está bien, muchacho. La echaremos a suertes. Es lo más que te puedo conceder. Liquidaremos primero nuestro asunto y luego ya sabes, a cara o cruz.

Hollister sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No. Conozco esa moneda que tiene con dos caras, y le he visto pedir siempre antes que el contrario. Nunca perdió.

Bill soltó una risotada.

—Siempre lo he dicho, Hugh. ¿Lo recuerdas? Te repetía una y otra vez: «Hollister, algún día llegarás a ser inteligente».

Se enderezó y colocó el tablón de la pared en su sitio. Luego miró a su compinche.

—Será una cosa legal. Me someteré al procedimiento que tú consideres justo. Esa chica no está sola en el mundo. Hay otras

muchas. Aquel que no se la lleve, se podrá consolar muy pronto teniendo el bolsillo lleno de oro.

—Yo sólo la quiero a ella, pero será como tú dices, jefe. La echaremos a suertes. Tengo un mazo de naipes en el bolsillo. Cuando esto acabe, la sortearemos.

Cuando Bill y Hugh salieron del *saloon* dejando a Watson a solas con Gilbert y su hija, ésta dejó oír su voz:

—Debe estar muy satisfecho, ¿eh, señor Watson? Nos la dio con queso.

Max la miró, respondiendo:

—Uno ha de estar siempre entre los vencedores. Fue una máxima que aprendí cuando empecé a corretear por el mundo.

—Salió un chico muy aprovechado. Y pensar que yo, cuando me escapé de las garras de Hollister, me lancé a salvarlo… Sí, Watson. Ahora ya no me apena reconocerlo, pero le juro que daría cualquier cosa por verlo otra vez atado allí, bajo el sol, cociéndose en su propia salsa.

Max dejó de mirarla y volvió la cabeza, fijando los ojos en la oscuridad de la noche.

De pronto, a la luz de un relámpago descubrió un grupo de jinetes, justo en el momento en que aparecieron al comienzo del camino. Desenfundó como una centella y disparó entre ellos.

Alguien lanzó un aullido de dolor y una voz gritó:

—¡Al suelo, muchachos!… ¡Es la bienvenida!

La puerta trasera de acceso al *saloon* se abrió violentamente y Bill y Hollister irrumpieron en la estancia dirigiéndose hacia la ventana.

—¿Qué pasa, Watson? —gritó Bill.

—Y a han llegado… Están ahí abajo.

Otro relámpago iluminó la tierra, pero ahora sólo vieron caballos sueltos porque los hombres que los montaban habían buscado refugio entre las rocas. En el centro del camino había quedado un sujeto boca abajo.

—¡Infiernos! —exclamó Hollister—. ¿Los ha contado como yo, jefe? Vi doce caballos.

—Justo los que he contado —respondió Bill con voz lúgubre—. ¿Qué estás esperando?… ¡Dales las armas al abuelo y a la hija, y trae el oro acá…! Asegura bien las dos puertas. Puede que la

primera la echen abajo, pero al que se introduzca por el corredor lo llenaremos de balas.

Hollister corrió hacia el pasillo. En el camino se quitó los revólveres del cinturón y los arrojó hacia el lugar donde estaban los Murphy. Empujó el listón que defendía el hueco donde se escondía el oro, sacó las bolsas y las depositó en el suelo. Luego tomó el madero movible y lo arrancó de cuajo. Fue hacia la puerta que comunicaba con el almacén y la apuntaló.

Volvió al *saloon* con el botín.

Bill *el Tuerto* estaba a uno de los lados de la ventana, junto a Murphy, y al otro se hallaban Watson y la muchacha.

Max estaba mirando hacia fuera, vigilando; pero la chica tenía los ojos fijos en el rostro del joven. Hollister sintió que le ardía la sangre en las venas. Estaba claro: la chica, pese a lo que ella pudiera decir, se había interesado por Watson. ¡Maldita sea! De buena gana hubiera sacado el revólver para acabar con todos, con el viejo, con Watson y con el propio Bill. Sólo habría dejado vivir a Martha; pero eran asediados por una jauría de perros rabiosos, no podía hacer nada sino esperar, aunque quizá fuese por poco tiempo.

Esperanzado por este pensamiento, desenfundó el revólver y se aprestó con los demás a defender la casa.

CAPÍTULO XII

De pronto los sitiadores empezaron a hacer fuego. Los que estaban dentro de la casa se tendieron en el suelo al tiempo que las balas entraban por el hueco de la ventana, acribillando la pared del fondo. Luego, al cabo de medio centenar de disparos, tras los que no hubo respuesta, se hizo un silencio que fue interrumpido por una voz que llegó del grupo atacante:

—¡Eh, Bill…! ¿Estás ahí?

El aludido miró a Max y dijo sonriente:

—Es mí querido amigo Niesley, mi antiguo lugarteniente, un gran chico. —Levantó la cabeza hacia la ventana y respondió—: sí, Nil… Aquí estoy.

—¡Infiernos, gordinflón…! No sabes cuánta alegría me produce oír tu voz.

—Yo también me alegro mucho de saber que estás tan cerca… Pero me gustará mucho más verte con las tripas fuera.

—Creo que no podré darte esa satisfacción, barril de grasa…

—Espera un poco y te convencerás de que es posible…

—Estás cazado, Bill. Siempre fuiste realista… ¿Por qué no te das cuenta ahora de cuáles son tus circunstancias?

—Somos muchos para defendernos, Nil. Ordena a tus hombres que suban y apuesto a que, antes de un minuto, te encuentras solo y desamparado.

—¿Ésa es tu respuesta?

—No hay otra.

—Está bien, Bill. Tú lo has querido… ¡Duro con ellos, muchachos!

El coro de revólveres empezó a entonar su canción de muerte.

—Bien —dijo Bill *el Tuerto*—. Vamos a demostrarles que

nosotros tenemos mejor puntería… ¡Adelante, chicos!

Max Watson asomó unas pulgadas la cabeza por la ventana y, al ver una llamarada que precedía a un disparo, hizo fuego.

La cortina de agua fue rasgada por la maldición de un moribundo.

—¡Bravo, Watson! —dijo Bill—. ¿Qué dices, Hollister? El muchacho vale su peso en oro.

Hollister, rabioso, asomó casi medio cuerpo por la ventana y empezó a apretar el gatillo hasta vaciar el cilindro de su «Colt».

El balance de su furioso gesto fue otra víctima. Inmediatamente se dejó caer de rodillas en el suelo y miró desafiante a Watson.

—Ahí lo tiene —murmuró, proyectando el labio inferior hacia adelante.

Bill soltó una carcajada.

—Hugh siempre ha sido puntilloso. Nunca le ha gustado que le mojen la oreja.

En aquel instante, los atacantes se lanzaron hacia la casa, lanzando juramentos e imprecaciones.

—¡Ahí vienen! —exclamó Watson, asomando la cabeza, y se volvió hacia Hollister—: Usted y yo nos vamos a la puerta. Les cogeremos de perfil. Vienen derechos sobre la ventana. No dejen de hacer fuego aunque sea a través de la madera.

—Eso está bien —opinó Bill—. Anda, Hollister, échale una mano.

Hugh rezongó algo por lo bajo, pero fue en pos de Watson.

La casa había sido utilizada por Bill y Hollister durante dos años; las hojas de vaivén fueron quitadas y, en su lugar, había una puerta normal, con su correspondiente pomo. Bastaba echar una ojeada para darse cuenta de que aquella puerta había sido arrancada de cualquier otro lugar para tapar el hueco.

Watson se reservó el lugar más cercano al pomo y esperó mirando escrutadoramente el rostro de Hollister, el cual lo observaba también a su vez.

Los hombres de Niesley y Bowen seguían ascendiendo por la colina, sin dejar de hacer fuego con sus armas.

Los Murphy replicaban adecuadamente, tendidos en el suelo, pero sus disparos no iban dirigidos contra ningún blanco en concreto. Sólo pretendían armar ruido.

Max hizo una señal con la cabeza a Hollister para que se preparase y alargó la mano depositándola sobre el pomo de la puerta.

Las voces se iban acercando a la casa. La mano de Max empezó a apretar el picaporte, haciéndolo girar silenciosamente, muy despacio.

De pronto dio un tirón y abrió la puerta de par en par. Saltó hacia la derecha y Hollister lo hizo casi simultáneamente.

A la luz de los fogonazos que producían los atacantes, vieron sus figuras recortadas en la oscuridad que les circundaba.

Watson y Hollister hicieron crepitar sus armas. Dos hombres que habían conseguido acercarse al antiguo *saloon*, se contorsionaron como muñecos al recibir sendos impactos y se vinieron abajo.

Algunos de sus acompañantes se habían quedado inmóviles, sorprendidos, y su inmovilidad les resultó mortal, porque no tuvieron tiempo para retroceder. Los insectos de plomo picotearon en sus cuerpos y les arrancaron la vida.

Cuando Watson y Hollister acabaron de enviar sus raciones de balas, ambos a una saltaron al interior de la casa y Max volvió a cerrar la puerta.

Bill se levantó dando un grito de alborozo.

No se dio cuenta de que estaba junto al hueco de la ventana. Se oyó un estampido y una bala cruzó el aire, clavándose en su hombro y haciéndole girar como una peonza. Luego se vino abajo.

Las cuatro personas que había en la estancia miraron a Bill con sorpresa.

El antiguo jefe de la pandilla de forajidos, escupió una maldición y se miró el hombro herido. Tenía un buen agujero del cual empezó a manar la sangre, que pronto le manchó la camisa.

—¿Os fijáis en esto, muchachos? —murmuró—. Un gato acaba de arañar a un hombre… ¡Así se pudra en el infierno!

Martha acudió a su lado, pero él la rechazó en un gesto desabrido.

—Está bien, muchacha. Me hirieron cuatro veces antes de ahora y nunca necesité a nadie.

—Apuesto a que nunca fue en un lugar como éste —opuso ella.

Bill se miró la herida.

—No es tan grande como un pozo ni tan pequeño como el

agujero de una aguja —se echó a reír mirando a Hollister—. ¿Te acuerdas, Hugh? Siempre me admiraron las palabras que pronunció Mercurio al ser herido —hizo una pausa y miró a Watson—. En cierta ocasión, la dueña del establecimiento, Berta, hizo traer aquí a una compañía de cómicos que representaron una obra que se llamaba *Romeo y Julieta*. La había escrito un tal Shakes Pierre, un tipo de bigotes… ¡Infiernos! Tenían que haber visto cómo acabó aquello. Si ese Shakes Pierre hubiese estado presente le habrían puesto la cabeza como un tambor. La gente de aquí era muy bruta, pero a mí me gustó… De buena gana hubiese ido a Nueva York para felicitar al tipo que escribió aquello.

Se incorporó trabajosamente y observó los ojos que estaban fijos en él.

—¿Qué os pasa a todos…? No me voy a morir.

Watson dijo:

—Será mejor que se deje vendar por la chica. Ella sabrá hacerlo bien.

—¡Al diablo! Yo mismo me basto —sacó un pañuelo y se desabotonó la camisa. Metió el pañuelo dentro y se lo puso en la herida apretándola fuertemente. Para aquel entonces, su rostro empezaba a transpirar gruesas gotas de sudor.

La lluvia seguía cayendo con fuerza.

—¡Eh, Bill! —gritó Niesley—. ¿Sigues vivo?

Bill *el Tuerto*, hizo una mueca feroz. Se acercó a la pared y apoyó la espalda en ella, respirando entre jadeos. Luego respondió:

—Aquí me tienes, Nil… Igual que siempre.

—No, muchacho. Esta vez te acerté. Te vi caer como un elefante. Tienes demasiada grasa en el cuerpo para mantenerla sobre tus patas.

—¿Por qué no subes de una vez y te enfrentas conmigo?

—¿Por qué hemos de solucionar a tiros lo que se puede solucionar con palabras?

—¿Sí?… ¿Qué es lo que tienes que decirme, Nil?

—Creo que hay suficiente oro para que todos seamos ricos. ¿Por qué no hemos de llegar a un acuerdo?

—¿Qué acuerdo?

—Hacemos dos partes con el botín, una para vosotros y otra de la que me encargaré yo.

Bill pensó la respuesta y, finalmente, dijo:

—Quizá me estés convenciendo, Nil.

—Siempre he querido ser razonable. Si hace dos años me hubieses dicho que querías largarte con todo el oro, seguro que también habríamos hecho algún trato. Pero hiciste mal, muchacho, en echar a correr con toda la pasta.

—Pelillos al mar, Nil. Lo de ahora me parece razonable. Pero nada de venir acompañado por tus hombres. Tendrás que subir solo.

Hubo una pausa y luego Nil respondió:

—Dice Bowen que él también subirá conmigo. O nos entrevistamos los dos o no hay nada de lo dicho.

Bill sonrió y se apretó otra vez el pañuelo contra la herida del hombro.

—Está bien, Nil, podéis subir los dos. Pero olvida las estratagemas o acabaréis en la fosa.

—Descuida, Bill. Nos conformamos con la mitad. Es un buen trozo del asado. Ahora subimos.

Hollister dio dos pasos.

—¿Qué se propone, jefe? ¿Es que le va a entregar de verdad esa mitad?

Bill se pasó la mano por la crecida barba.

—¿Tú qué crees, Hugh?

—No lo sé, jefe.

Bill miró ahora a Max.

—¿Y usted, Watson?

—Me tiene sin cuidado lo que usted pueda pensar.

La respiración de Bill se hacía más entrecortada por momentos.

—Bien, ahora lo sabréis todos —murmuró.

Se oyeron fuera unos pies que chapoteaban en el agua.

—Anda, Watson, abre la puerta —dijo Bill.

Max titubeó unos instantes, pero por fin se dirigió a la puerta y la abrió.

Vio dos hombres fuera que conservaban el revólver en la mano. Uno era muy alto, de cara alargada, y el otro de estatura regular, gruesa papada y voluminoso abdomen. Formaban una antiestética pareja.

—Yo soy Nil y éste es Bowen —dijo el más alto—. Sólo falta que nos diga quién es usted.

—Watson, Max Watson.

—Un tipo listo que ha acudido al reparto, ¿eh? —siguió diciendo Niesley.

—Poco más o menos. Pasen, el jefe les espera.

—Usted por delante, amigo, y tenga cuidado con lo que hace. Podría liquidarnos; pero tenga por seguro que usted será nuestro compañero de viaje.

—Nunca he tirado por sorpresa contra un hombre. Lo de ustedes es cuestión de Bill.

—¡Qué buen muchacho! ¡Anda, Bowen, entremos!

Bill y Hollister apuntaron con sus armas a los recién llegados y éstos, a su vez, hicieron girar en abanico los cuatro revólveres que entre los dos portaban.

Niesley fijó los ojos en el pálido rostro de Bill.

—¿Cómo va eso, jefe?

El aludido se apartó de la pared e hizo un esfuerzo por sobreponerse a la debilidad que se iba apoderando de él:

—No te creíste lo del periódico, ¿eh, Nil?

—No. A ti siempre te gustaron los dramatismos, jefe. Es lo que tuve en cuenta para deducir lo que había detrás de aquel artículo. Cabía en lo posible que estuvieses aquí; pero ¿ibas a ser tan estúpido como para comunicarlo a un chupatintas? A eso creo que le llaman lógica. No, jefe. No me tragué el anzuelo. Busqué a Bowen y le dije lo que opinaba respecto a todo el asunto. Aposté a que tú tenías un ayudante, alguien de la banda, que te ayudaba y se encargaría de ir liquidando a la gente en el transcurso del viaje acá.

—Eso está bien —asintió Bill.

—Menos palabrería —murmuró Bowen—. Lárganos el oro y terminemos de una vez.

Bill señaló las dos grandes bolsas de cuero que había en el suelo, en el centro del *saloon.*

—Ahí lo tienes. Llevaos una. Las dos pesan exactamente lo mismo. Una iba a ser para Hollister y la otra para mí.

Niesley miró a Hugh y dijo.

—Te tocó perder, ojazos.

El cuerpo de Hollister se estremeció.

—¡Maldito seas, Nil! ¡No vuelvas a meterte conmigo!

Nil soltó una risita.

—Claro que no, muchacho. No me volveré a meter. Anda, Bowen. Llégate a por una bolsa y alcánzala mientras yo me aseguro de que estos tipos no nos la pegan.

Bowen sacudió la cabeza en sentido afirmativo y empezó a acercarse muy despacio a la bolsa. Tuvo que enfundar un revólver y sacó un cuchillo. Pasó por debajo del cordel la aguda hoja y dio un tirón cortándolo. Mientras tanto, se había hecho un profundo silencio en la estancia.

Bowen tanteó la bolsa, buscando la embocadura, mientras tenía los ojos fijos en Hollister. Comprobó en un par de minutos el contenido, luego flexionó la pierna derecha y, haciendo girar la bolsa en el aire, se la cargó pesadamente en la espalda. Quedó encorvado, con el revólver en la zurda.

—Ya estoy listo, Nil. Cuando quieras.

—Yo te cubriré —dijo Niesley—. Ve hacia la puerta sin precipitarte.

Bill enfundó el revólver y dijo sonriente:

—No hace falta que os preocupéis, yo os abriré.

Nadie dijo nada y se dirigió hacia la salida.

Abrió la puerta y se echó hacia atrás, hacia la pared con la mano en el pomo.

Niesley rió.

—Eres muy comprensivo, jefe.

—Os deseo buena suerte a los dos —contestó Bill.

Bowen echó a andar para salir primero. Pero, de pronto, ocurrió algo insólito. El piso se hundió a sus pies y desapareció por un agujero lanzando un grito de pánico.

Niesley, que le daba la espalda, giró sobresaltado y entonces el revólver de Hollister empezó a disparar. Niesley recibió los impactos en la espalda y se dobló en dos, dejando caer las armas al suelo. Se desplomó, pero todavía levantó la cabeza y dijo a Bill:

—Siempre fuiste un infame… —Y seguidamente murió.

Bill desenfundó rápidamente el revólver y se dirigió al agujero en donde había caído Bowen.

—¡No haga eso! —gritó Max.

Hollister se volvió rápidamente, apuntando al pecho del joven.

—Cállate tú o habrá también para ti.

Martha lanzó un chillido cuando la pistola de Bill empezó a

hacer fuego contra el caído Bowen, que, indudablemente, se había golpeado la cabeza en el fondo de la trampa perdiendo el conocimiento.

Luego se hizo otro silencio. Bill dio un traspié y se echó a reír.

—¿Ves cómo surtió efecto, Hollister? —Luego miró a Max—: Preparé esa trampa para un caso de emergencia como éste. Siempre me gustó la mecánica. Sólo he tenido que apretar un resorte en la pared. Me costó seis mese de trabajo.

Martha lanzó un sollozo y se cubrió el rostro con las manos.

Su voz sonó hueca cuando dijo:

—Son ustedes unos vulgares asesinos.

Su padre fue hacia ella y le pasó un brazo por los hombros, atrayéndola hacia sí.

Bill se dirigió hacia la ventana.

—¡Eh, muchachos! —gritó hacia fuera—. Os habéis quedado sin jefes, ¡y ahora sabemos que sois cuatro! ¡Nosotros no tenemos ninguna baja…! ¡Si en amaneciendo aún estáis aquí, os juro que vuestros esqueletos quedarán sobre esta colina!

Hubo un murmullo de voces abajo y una voz dijo:

—Nos marcharemos. Cobramos por adelantado el trabajo y no tenemos por qué jugarnos el pellejo.

—De acuerdo, muchachos. Pero daos prisa.

Algunos hombres, cuatro en total, salieron de entre las rocas y se dedicaron a buscar sus cabalgaduras. En cuanto las encontraron saltaron a las sillas y descendieron por el camino.

Bill permaneció en la ventana viendo cómo se iban.

Hollister estaba muy cerca de Martha, que ya se había separado de su padre, y de pronto saltó tras ella y la abarcó por la cintura, atrayéndola contra sí.

—¡Quietos todos! ¡Al que mueva siquiera un dedo lo liquido!

Capítulo XIII

Watson fue a disparar, pero se contuvo al ver que la joven servía de escudo a Hollister.

Martha no forcejeaba siquiera para tratar de librarse del abrazo del loco.

Bill *el Tuerto* giró sobre sus talones y se quedó mirando a su subordinado, al hombre con el que había madurado el plan para quedarse definitivamente con el oro robado.

—¿Qué haces, Hugh?

—Ya lo ve, jefe. Siempre he querido demostrarle que mi inteligencia era superior a la suya.

—Olvida eso, Hugh.

—No, jefe. Es mi oportunidad y la voy a aprovechar.

—Acuérdate de lo que le ha pasado a Nil y Bowen.

—Lo tengo presente y para mí no habrá ninguna trampa. Ahora están todos liquidados y el oro va a ser para mí. Sólo para mí.

—Es más de lo que podrás gastarte en toda tu vida, Hugh.

—Uno ha de pensar en sus hijos y los voy a tener con esta muchacha.

Ahora Martha trató de librarse pegando un tirón, pero Hollister la sujetó fuerte.

—Vamos, chica, estate quieta o le clavo una bala a tu padre, entre ceja y ceja.

Instantáneamente la joven dejó de ofrecer resistencia.

La voz de Bill sonó ronca:

—Voy a acercarme a ti, Hollister, y cuando llegue a tu lado quiero que ese revólver esté en su funda.

—No haga eso, jefe. Le balearé.

—No lo harás, Hollister. El acuerdo fue que cada uno se llevaría

la mitad.

—No pensaba usted cumplir su palabra. No he hecho más que adelantarme.

—Déjate de historias, Hollister. Te repito que vamos a quedar a la par.

Dio un paso y luego otro.

—¡Quieto, jefe!

Bill siguió avanzando.

Hollister apretó el gatillo y sonó un disparo. Pero Bill *el Tuerto* siguió avanzando.

Otro disparo. Bill se detuvo unos instantes y alargó la mano hacia el revólver de Hollister, el cual volvió a escupir otra ración de plomo.

Martha tenía los ojos desorbitados, observando los agujeros que iban apareciendo en el cuerpo de Bill. De pronto, éste lanzó un estertor y empezó a desplomarse.

La muñeca armada de Hollister había quedado al descubierto y Watson disparó fulminantemente, quitándole el revólver de la mano.

Hugh miró asombrado a Watson.

—Vamos, Hollister —dijo Max—. Ahora ya no necesitas ningún escudo. Echa a andar hacia atrás. Deja a la chica libre.

Hollister aflojó el brazo con que aprisionaba a la joven y ésta se separó de él.

Hollister empezó a retroceder con las fauces secas, reflejando en su cara un enorme pánico.

—¿Qué es lo que vas a hacer, Watson?

—Matarte.

—¡No puedes estar hablando en serio!

—¿Qué es lo que te lo hace suponer?

—Tú no eres un asesino.

—No; no lo soy, pero tú sí, ¿verdad, Hollister?

Hugh sonrió, pero sólo pudo conseguirlo a medias.

—Hay mucho oro, Watson… Yo sólo quiero un poco.

—Creía haberte oído decir antes que lo querías todo.

—Bueno, eso era por Bill. Le odiaba, ¿sabes? Le odiaba mucho. Lo he tenido que soportar durante seis o siete años. Él se creía el más inteligente, el más rápido con las armas, el hombre

indispensable. Me pegaba muchas veces y yo tenía que obedecerle. Le odiaba, Watson. Por eso lo he matado… Pero contigo es distinto.

—¿Dónde está la diferencia? ¿No me odias a mí también, Hugh?

—No, a ti no. ¿Por qué he de odiarte? Eres un buen muchacho… Te doy mi palabra de que lo eres.

—No te sirve, Hugh.

Hugh miró asustado, tembloroso, el arma que le apuntaba. Tragó saliva.

—Déjame marchar, Watson… Te juro que me iré… No hace falta que me des la mitad del oro. Sólo un poco para ir tirando, ya sabes. Tenía pensado irme a Oregón. Siempre me han gustado los bosques. Hace tiempo fui leñador. Con un poco de dinero me haré con unos cuantos acres de buenos abetos. Seré un gran negociante en maderas…

—Nunca emprenderás ese viaje, Hollister.

—¿Qué clase de tipos son los que he matado…? Eran asesinos, Watson. Tú lo sabes… Eran asesinos —rió ahora un poco más fuerte que antes—. Le he hecho un servicio a la sociedad. Soy casi cono un *sheriff*. He liquidado sólo a malvados. Si el presidente de la Unión lo supiese, hasta me propondría para una medalla… Nadie ha matado a más gentuza que yo.

—Pero tú formas parte de esa gentuza, Hollister.

—Ahora va a ser distinto… Te digo que va a ser distinto.

Hubo una larga pausa. Luego, Max dijo:

—Te voy a conceder una sola oportunidad, Hollister. La de defenderte.

—¿Cómo?

—Te permitiré que desenfundes el revólver de la izquierda. Yo también voy a enfundar el mío. Será un duelo legal, Hollister.

Hugh parpadeó extrañado.

—¿Vas a hacer eso?

—Seguro que sí, muchacho.

—Eso está bien. Palabra que está bien.

El viejo Murphy intervino en aquel instante.

—No haga eso, Max. Ese tipo no lo merece. Es el criminal más grande con que me he tropezado en mi vida.

—¡No le hagas caso, Watson! —gritó Hollister.

—No se lo haré —dijo Max, y metió el revólver en la funda.

Hugh dio un paso atrás y luego otro. Finalmente, se detuvo.

—Crees que me vas a matar, ¿verdad, Watson?

—En duelo nunca se puede asegurar nada.

—Yo en cambio, estoy seguro de que te voy a matar a ti, Watson. Hiciste una exhibición con el revólver porque Bill lo quiso, ¿y sabes lo que hice? Procuré que quedases mejor que yo porque a mí también me interesaba. Intenté desenfundar con la derecha, mi peor mano. ¿No te diste cuenta? Yo soy zurdo, Watson.

—Muy interesante.

—Y mi mano izquierda es un millar de veces más rápida que la derecha. —Hollister hizo una pausa y siguió riendo—. Te voy a meter una bala por la boca. Ése será el final. Acertaste antes, Watson.

—¿En qué?

—Ahora que Bill ha desaparecido, eres el tipo a quien deseo ver más pronto muerto. Y no es precisamente porque hayas venido por el oro —meneó la cabeza hacia la joven—. Es por ella, Watson.

—¿Por ella?

—Sí. La chica está por tus huesos.

—¡Eh, oiga! —intervino Martha.

Hollister la atajó con rapidez.

—Cierra el pico, muchacha. Ahora están hablando los hombres —sonrió otra vez mirando a Watson—. Sí, muchacho. Le has ido gustando poco a poco, pero apuesto a que te olvida pronto. Yo me encargaré de ello.

—Muy bien, Hollister. Veamos esa zurda.

—Tienes mucha prisa por morir.

Los brazos de Watson permanecían inmóviles junto al cuerpo.

Hollister fue borrando poco a poco la sonrisa de sus labios, dando paso a una mueca infrahumana que surcó todo su rostro. El ojo extraviado daba la impresión de ir a caer de un momento a otro al suelo y su labio inferior colgaba húmedo de baba. Estaba seguro de que podría liquidar a Watson, y el mismo deseo de verle muerto le inundaba el pecho de gozo.

—¡Ahí tienes, Watson! —exclamó.

Su mano izquierda tiró del revólver y antes de un segundo ya estaba apuntando con él a Max.

De repente, lanzó un extraño sonido gutural al ver que había

sido mucho más rápido que su enemigo al desenfundar.

Bien, ahora terminaría con él. Mantendría su palabra de meterle una bala por la boca.

Sonó un estampido y Hugh Hollister se dio cuenta, asombrado, de que el disparo no había procedido de su revólver. Sintió algo como un picotazo en el pecho y se dijo que debía de ser el reuma.

Pero de pronto, vio que de la funda derecha de Watson ascendía una espiral de humo azulado. No, no era posible.

Otro estampido y, de nuevo, le invadió aquella extraña sensación de que en su pecho algo marchaba mal.

¡Maldita sea…! ¿Y si aquellos dolores procedían de otras tantas balas que se le habían metido entre las costillas? Sintió un miedo cerval, un pánico indescriptible de que él pudiese morir. ¿Qué hacía, que no disparaba? ¡Santo cielo! ¿Es que no tenía ya el dedo curvado sobre el gatillo? Sólo tenía que presionar un poco, hacer un pequeño esfuerzo para acabar con Watson. ¿Qué les pasaba a sus músculos? ¿Qué le ocurría a su cerebro?

¡Quería hacer fuego y no podía! ¡Se estaba muriendo irremisiblemente! ¡Era Max Watson quien se lo había cargado!

Oyó un ruido a sus pies y bajó la mirada. Entonces se estremeció al ver que su revólver había resbalado de los dedos, sin que ni siquiera se hubiese dado cuenta.

—¡Oro! Exclamó, y desvió la mirada hacia la bolsa que estaba en el suelo. —¡Es mío…! ¡Lo protegí durante dos años…! ¡Me pertenece!

Dio un paso hacia la mitad del botín. Pero, entonces, se derrumbó de rodillas.

—¡No me lo puede quitar, Watson! Gritó con voz implorante. —¡Le digo que no me lo puede quitar!

Se arrastró unas pulgadas y alargó las manos, cuyos dedos se retorcieron sarmentosos en el aire.

—¡He matado a mucha gente por ese oro…! ¡Es mío!

Pero, de pronto, vio que se interponía entre él y la bolsa una nube blanca, esponjosa, y poco a poco la blancura se fue transformando en un color gris plomizo y las cosas fueron desapareciendo a su alrededor.

Entonces, Hugh Hollister lanzó la última maldición y se desplomó boca abajo, sin vida.

La sala quedó envuelta en un impresionante silencio. Fuera, empezaba a amanecer. La lluvia había cesado y, por el hueco de la ventana, llegaba el aroma de la tierra mojada.

Gilbert Murphy observó al vencedor de aquella masacre, a Max Watson, y le preguntó:

—¿Qué vas a hacer ahora, Max?

El joven se pasó el dorso de la mano por la cara y dijo:

—El oro está ahora en nuestro poder. Usted puede coger el que quiera.

—No, Max. Yo solamente quiero lo que me pertenece, lo que me quitaron.

Hubo otra pausa. Martha estaba inmóvil, mirando alternativamente a su padre y a Max.

Gilbert carraspeó suavemente y dijo:

—Le voy a contar algo que quizá usted no sepa, Watson. Cuando Bill *el Tuerto* empezó a saquear a los buscadores, las familias de muchas de las víctimas acudieron a Richard Davidson, fiscal de San Francisco, para presentar la oportuna denuncia. Allí se formó una lista de perjudicados. Le puedo asegurar que todos ellos son gente modesta, hijos de aquellos hombres que vinieron aquí, a este filón, en busca de la fortuna. ¿Se da cuenta? Esposas, madres, hermanos e hijos esperaron el regreso de esos hombres que jamás volvieron a ver. Usted se ha jugado la vida por ese oro y, naturalmente, puede llevárselo. Estoy seguro de que ahora nadie se lo podrá quitar. Si es así, le espera un hermoso porvenir. Será rico, o más que eso: millonario —el viejo Murphy sonrió benévolamente—. Bien, eso es todo. No pude callármelo.

Echó a andar hacia la gran bolsa de cuero que estaba en el centro de la sala. Deshizo el nudo que sujetaba la embocadura y metió la mano dentro, extrayendo dos pequeñas bolsas que sopesó en la mano.

—Esto es lo único que me pertenece —dijo—. Todos los buscadores empleábamos las mismas bolsas para guardar el oro. No nos podemos entretener más. La tormenta se dirige hacia las montañas. Si nos damos prisa aún podremos cruzar el Krappes, hija. Conozco un buen lugar para vadearlo, pero a media mañana eso resultará imposible y tendríamos que permanecer aquí cuatro o cinco días como mínimo. —Se dirigió hacia la puerta y, volviendo

la cabeza, dijo—. Suerte, Watson.

Luego salió fuera.

Los dos jóvenes quedaron solos. Martha giró sobre sí y echó a andar en pos de su padre.

Tenía que pasar por el mismo lado de Watson y, de pronto, éste alargó la mano y la tomó por el brazo.

—¿Qué es lo que hace? ¡Suelte la zarpa! —exclamó la muchacha, volviendo la cabeza con las cejas enarcadas.

—¿Qué hay de verdad en eso?

—No sé a qué demonios se refiere.

—A lo de que tú y yo…

—Continúe.

—¡Por todos los diablos…! ¿Por qué lo tienes que hacer tan difícil, muchacha? Lo sabes perfectamente. Me gustaste desde que te conocí.

Ella abrió la boca, asombrada.

—¿Es posible?

Él la atrajo hacia sí, riendo jovialmente.

—¡Oh, Max! —dijo ella, separándose—. ¿Y el oro?

Watson se rascó la nuca y dijo:

—Creo que no tendremos más remedio que ir a San Francisco para entregarlo a las autoridades. Supongo que siempre quedará un buen pico para mí y entonces… Bueno, ya puedes ir pensando en media docena de vestidos nuevos.

Martha lanzó un grito de alegría y se colgó de su cuello. En aquel instante apareció la cabeza del viejo Murphy por la puerta y, tras observar la escena, añadió:

—¿Queréis daros prisa, hijos? El río Krappes no puede esperar.

Y Max Watson sólo pudo emitir un gruñido de asentimiento, porque estaba ocupado en besar a la muchacha que iba a ser su esposa.

FIN